

UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

Facultad de Humanidades



GRADO EN HISTORIA

Curso Académico: 2018/2019

Convocatoria (Junio/Septiembre): Junio

Título del Trabajo Fin de Grado: Apuleyo y las desigualdades sociales en época altoimperial.

- Autor/a - García Campos, Saúl

- Tutor/a - López Medina, María Juana

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar las desigualdades en la sociedad romana de época altoimperial a través de una aproximación crítica a la obra de Apuleyo, *El Asno de Oro* o *La Metamorfosis*. Para esto se analizarán los personajes de la obra y sus interrelaciones según la clase social a la que pertenecen. En esta aproximación crítica se tendrá en cuenta el contexto personal del autor, ya que es un hombre perteneciente a la élite en una sociedad profundamente patriarcal.

ÍNDICE

- 1 Introducción (pág. 2).
- 2 La Sociedad Romana Altoimperial (pág. 4).
 - 2.1 Élités romanas, *ordines* (pág. 6).
 - 2.2 Personas libres, plebeyos (pág. 11).
 - 2.3 Esclavos y libertos (pág. 14).
 - 2.4 Las mujeres (pág. 17).
3. Apuleyo y su contexto (pág. 20).
4. Desigualdades Sociales en *El Asno de Oro* (pág. 24).
5. Conclusiones (pág. 46).
6. Bibliografía (pág. 51).
7. Anexos (pág. 52).

APULEYO Y LAS DESIGUALDADES SOCIALES EN ÉPOCA ALTOIMPERIAL

García Campos, Saúl

1. Introducción.

El objetivo de este trabajo es el de realizar un análisis de la sociedad romana profundizando en las grandes desigualdades, tanto sociales como incluso jurídicas, que se daban en la Roma del Alto Imperio, básicamente los siglos I-II d. C. Además, esto se realizará a través de la visión que tenía una persona contemporánea a este momento como es Apuleyo de Madaura y como lo refleja en su obra, pero siempre teniendo en cuenta que este autor es un hombre que pertenece a la élite en una sociedad como la romana; claramente patriarcal y muy estructurada socialmente, pues está dividida en *ordines* que indican a que grupo social pertenece cada persona y que son claves a la hora de desempeñar cargos políticos o religiosos.

La elección de *El Asno de Oro*, pese a que, como se ha dicho, es un hombre de la élite, se debe a que Apuleyo, a diferencia de los demás escritores de su momento, nos cuenta a través de Lucio-asno las formas de vida de personas pertenecientes a todos los grupos sociales romanos, incluyendo plebeyos libres y pobres y esclavos, tanto hombres como mujeres. Esto permite, en primer lugar, conocer algunas de las formas de vida de estos grupos tan invisibles, puesto que dejan muchos menos restos materiales que los ricos; y, en segundo lugar, la visión que tenían los ricos y poderosos (al menos uno de ellos) de todos estos otros grupos que suponían el grueso de la población romana.

Para esto el trabajo se ha dividido en varios apartados que permitan llevar a cabo un análisis más exhaustivo. Además de este primer apartado de introducción, el trabajo consta de un apartado dedicado a dar una breve, pero concisa, explicación de la sociedad romana en época altoimperial, pues resulta imprescindible conocer su tipo y estructuración para poder realizar un análisis de esta. A su vez, este segundo apartado se divide en varios subapartados dedicados a entrar más en profundidad y específicamente en esos distintos *ordines* en los que se divide la sociedad para así poder ver, de una forma más concreta qué diferencias existían entre los distintos grupos sociales, qué requisitos eran necesarios para poder pertenecer a uno u otro, si había movilidad entre

los distintos grupos (tanto ascendente como descendente), y qué era lo que proporcionaba cada uno de esos estatus sociales, magistraturas y cargos tanto políticos, religiosos o militares a los que se podía acceder dependiendo del *ordo* al que se perteneciese. Pero también, un subapartado dedicado a los esclavos y libertos, a si tenían conciencia de formar una clase social concreta, cómo eran sus condiciones de vida y las diferencias existentes incluso dentro del mismo grupo. Y uno dedicado en específico a las mujeres, puesto que bien las mujeres podían pertenecer a distintos grupos sociales, al igual que los hombres, su estatus real no era similar.

Siguiendo a éste se ha realizado otro apartado dedicado a Apuleyo y su contexto, puesto que es necesario, una vez entendida la sociedad romana del momento, entender y comprender el contexto, tanto histórico, como social. Comprender a qué grupo social pertenece el autor es crucial para entender su obra desde un punto de vista social e incluso religioso.

Con esto llegamos al análisis propiamente dicho de la obra y de cómo era la sociedad romana del momento desde el punto de vista de Apuleyo. Cómo se muestran las distintas clases sociales existentes, la visión que tiene el autor de ellas, las desigualdades existentes entre los distintos grupos sociales, sus formas de vida, cómo Apuleyo muestra distintas reacciones ante hechos similares según el grupo al que pertenezca la persona. Y en especial, la visión que nos da de grupos particulares como pueden ser las bandas de bandoleros, los sacerdotes de la diosa Siria o, sobre todo, las mujeres, ya que se nos muestra un punto de vista y una opinión que deja de manifiesto lo patriarcal que era la sociedad romana y cómo se pensaba que debía ser y debía actuar una mujer. Para realizar este análisis se tendrán en cuenta y se usarán como referencia los trabajos de investigación ya realizados puesto que tanto Apuleyo como su obra (y especialmente esta que nos concierne) han sido muy estudiados y analizados por autores como M.J. Hidalgo de la Vega o C. Blánquez Pérez.

El cuerpo del trabajo finaliza con un apartado dedicado a las conclusiones que he podido sacar tanto de la lectura de *El Asno de Oro* como de su estudio y análisis, así como de la lectura y estudio de los trabajos que se han dedicado al análisis de la sociedad romana a través de Apuleyo. Una visión propia, teniendo en cuenta los estudios ya realizados, sobre por qué escribe como lo hace y sobre lo que escribe, un intento de acercarse a la mentalidad (pues no podemos generalizar la visión de Apuleyo

a toda una sociedad) de una persona contemporánea a la época que nos atañe y que, además, pertenece a la élite.

2. La Sociedad Romana Altoimperial.

Es de destacar que la sociedad romana tenía un carácter clasista y elitista, así como patriarcal, muy marcado, contando con claras divisiones y diferenciaciones sociales que llegaron incluso a influir en la categoría jurídica de los individuos haciendo que los cargos políticos, administrativos, del ejército o religiosos quedasen reservados exclusivamente para esas élites sociales. Las mujeres, salvo contadas excepciones que pertenecían a esas élites, quedaron relegadas a la vida doméstica y los trabajos relacionados con esta como la cocina o tejer, y a algunas actividades productivas como la agricultura. Por tanto, se puede afirmar que el poder se encontraba acaparado por los hombres de esas élites. Una clara muestra de este carácter patriarcal la podemos encontrar en que uno de los títulos de mayor prestigio y honor que podía llegar a ostentar un emperador era el de *Pater Patriae* (Padre de la Patria) (Alföldy, 2012: 143).

Con la instauración del imperio esta organización social romana no cambió en gran medida y la sociedad seguía dividida en dos grupos principalmente, los *humiliores* y los *honestiores*. Esto se debe a que el requisito para poder desempeñar esos cargos administrativos o militares era pertenecer a uno de esos grupos dirigentes u *ordines*, pero para formar parte de uno de estos no bastaba con ser rico, sino que también había que tener prestigio social y haber nacido libre, algo que queda bastante claro en los casos de los libertos que llegaron a enriquecerse enormemente, pero que no pudieron acceder a ninguno de esos *ordines* salvo en casos muy excepcionales (Alföldy, 2012: 152).

A pesar de esto sí que se produjeron algunos cambios, principalmente a raíz de la instauración de la monarquía como forma de gobierno, ya que esto supuso la aparición de una nueva cúspide en la pirámide social romana y que algunas de las posiciones y funciones de los grupos sociales existentes se redefiniesen, pero ni desapareció ninguno de esos grupos ni aparecieron grupos nuevos. El emperador, por su parte, podía tomar la iniciativa legislativa en cualquier momento bajo el argumento de proteger al pueblo, gobernaba las provincias senatoriales a través del Senado y las imperiales por medio de legados elegidos directamente por él. Además, ostentaba el mando supremo del ejército,

le correspondía admitir y excluir a los miembros de los *ordines* senatorial y ecuestre y, por último, no se podía acceder a ninguno de los más altos cargos administrativos o militares sin su consentimiento (Alföldy, 2012: 138). Fundamentalmente las funciones que se redefinieron fueron que el servicio al Estado de los senadores se fue convirtiendo en un servicio al emperador y que los caballeros fueron empleados como *procuratores Augusti* en la administración económica y del patrimonio imperial. Gracias a lo que quedaron definidas las diferencias, anteriormente más difusas, entre ambos *ordines* (Alföldy, 2012: 146).

La integración de las provincias también afectó a la evolución social, pues el modelo social romano se extendió a esas poblaciones y provocó el nacimiento de una aristocracia imperial más homogénea y la unificación de las élites locales, además de que permitió la asimilación de capas más amplias de población (Alföldy, 2012: 131).

Los altos cargos de la administración imperial y del ejército se encontraban reservados para los senadores y caballeros, mientras que los decuriones, por su parte, formaban las élites locales. Y, aunque el Senado seguía siendo el principal órgano legislativo, el poder realmente se ejercía a través de los miembros del *consilium* imperial, formado por los gobernadores de las más importantes provincias, los principales comandantes del ejército... que actuaban según las instrucciones del emperador (Alföldy, 2012: 155-156).

La principal fuente de riqueza seguía siendo la posesión de tierras y en todo el Imperio las tierras se fueron concentrando en grandes propiedades agrarias pertenecientes a esas élites, las *villae* (Alföldy, 2012: 154). Además, la agricultura tenía un peso muy importante porque la inmensa mayoría de la población se dedicaba a ella, aproximadamente 9/10 de los habitantes vivían en el campo, o de éste, pues muchos habitantes de las ciudades cultivaban las tierras colindantes. Lo que provocó que el principal criterio económico para la organización social fuese la posesión de tierras, por lo que la verdadera élite social estaba formada por los ricos propietarios de tierras (Alföldy, 2012: 136-137). A su vez, la mayoría de estas tierras estaban destinadas a la explotación agrícola, pero en algunos casos se dedicaban a explotaciones mineras, aunque durante el Alto Imperio la mayoría de esas explotaciones, que antes formaban parte del *ager publicus* y eran administradas por sociedades de publicanos, pasarían a manos del emperador. Si bien, durante este período parte de las zonas mineras se

integraron en provincias imperiales, como es el caso del sureste de la Península Ibérica y la parte oriental de Sierra Morena, que se integraron en la *Tarraconense*, esto no sucedió con todas las zonas mineras y algunas continuaron en provincias senatoriales manteniendo el mismo tipo de administración (Antolinos Marín, 2017).

A su vez, estas clases sociales, en las que estaba dividida la sociedad romana, estaban profundamente relacionadas con las formas de producción, existiendo una explotación y apropiación del producto por parte de una minoría privilegiada, lo cual provocó una distribución desigual de la riqueza. Esta explotación lleva a la creación de unas relaciones de dependencia y dominación, redes clientelares, además de otros mecanismos que ayudasen a mantener esta situación y preservar el orden social. Siendo un claro e importante ejemplo el *evergetismo* que consistía en la donación de dinero con el fin de crear un beneficio para la comunidad, pues éste se destinaba a la creación de obras públicas de interés para la ciudad como puede ser un acueducto, un teatro, o un circo. Estos actos de munificencia devolvían al/la *evergeta* reconocimiento y gloria por parte de su comunidad.

2.1. Élités romanas, *ordines*.

Como se ha dicho, incluso dentro de la élite existían distintos grupos sociales u *ordines*. Además, la pertenencia a uno de estos *ordines* se expresaba mediante insignias y el título correspondiente (Alföldy, 2012: 157-158).

El *ordo* senatorial era un *ordo* muy exclusivo y reducido, poco más de 600 hombres a finales del s. II d.C. Para diferenciarse del *ordo* ecuestre los hijos de los senadores fueron admitidos formalmente en el *ordo* senatorial; la renta mínima, anteriormente similar a la de los caballeros, se aumentó a un millón de sestercios; y, por último, un caballero que alcanzaba el puesto senatorial debía desvincularse formalmente de su anterior *ordo* (Alföldy, 2012: 166). Además, se dieron nuevos privilegios a los senadores con la intención de ganarse su lealtad y fueron accediendo cada vez más provinciales, ya que eran menos críticos con el emperador al no estar tan influidos por la República (Alföldy, 2012: 158). Los senadores, además de cobrar un salario, tenían ingresos principalmente de la actividad agrícola de sus fincas (también eran grandes terratenientes) y de la comercialización de lo que se producía en ellas (Alföldy, 2012: 166).

Estos romanos sumamente ricos tenían un estilo de vida lujoso y vivían en grandes mansiones, además, aquellos que se lo podían permitir buscaban construirse casas en el campo, aisladas y alejadas del ajetreo, la suciedad y el hervidero de epidemias que eran las ciudades, de hecho, murieron más emperadores a causa de enfermedades que envenenados. Pero, también exhibían su riqueza mediante labores evergéticas, realizando obras públicas y patrocinando servicios y actividades de ocio (Beard, 2016: 466). Este rico y lujoso modo de vida era compartido por muchos caballeros y la élite de los libertos, por lo que son factores sociales, jurídicos, políticos e ideológicos los que fomentaron la conciencia de unidad y exclusividad de los senadores. Para crear esa conciencia entre los jóvenes se fomentó un mismo sistema educativo y con ello un pensamiento uniforme que los comprometiese con los ideales del Imperio y con la tradición familiar (Alföldy, 2012: 167-168).

Por otro lado, fueron muy importantes los “hombres nuevos” (nuevos senadores procedentes de las provincias), ya que en su mayoría fueron ellos quienes ocuparon los puestos más importantes de la administración, del ejército y del gobierno de las provincias imperiales. Pues a menudo eran los máximos representantes del ideario de su nuevo grupo social y fueron elegidos por sus grandes cualidades. Estos “hombres nuevos” prestaron grandes servicios a la administración intentando conseguir su plena integración en el *ordo* y, además, estaban apoyados por sus estrechos lazos con la casa imperial (Alföldy, 2012: 170).

El siguiente escalón en la línea de los privilegiados es el *ordo* ecuestre, en el que se encontraban los *equites* (caballeros), grandes propietarios de tierras separados del resto de la sociedad por su riqueza y estrechamente relacionados con los senadores, pues la mayoría de éstos procedían del *ordo* ecuestre, ya que son los caballeros quienes pueden llegar al mínimo de renta exigido para ser senador. También contaba con un número de miembros considerablemente mayor que el *ordo* senatorial, se estima que en tiempos de Augusto 20.000 miembros y que durante los dos siguientes siglos su número fue en aumento debido a la incorporación de los provinciales (Alföldy, 2012: 177-178).

Su conciencia estamental se manifestaba en los meticulosos detalles de sus títulos, sus símbolos o su agrupación en el seno de cada ciudad. Sus miembros adoptaron los ideales y la moral de los senadores y al ingresar en el servicio al Estado contaron con la misma formación jurídica y militar que éstos. La menor cohesión estructural, la

diferente situación económica de sus miembros y las diferencias de sus actividades profesionales impidieron que se formase un grupo tan cerrado como el de los senadores (Alföldy, 2012: 178). La pertenencia al *ordo* ecuestre no era hereditaria y el ingreso se debía a una elevación de rango. Sin embargo, en la práctica era frecuente que el hijo de un caballero lo fuese también, pero era casi imposible que los linajes ecuestres, al igual que los senatoriales, pudiesen mantenerse durante muchas generaciones (Alföldy, 2012: 178).

Las condiciones económicas podían ser muy diferentes entre los caballeros debido a su modo de vida. La renta mínima de 400.000 sestercios sólo permitía llevar una existencia modesta a algunos de ellos, sin embargo, la mayoría tenía una situación mucho más favorable. También eran distintas las fuentes de la riqueza, en general, los miembros del *ordo* ecuestre estaban más interesados en los ingresos que no procedían de la agricultura que los senadores, entre ellos había grandes comerciantes, empresarios y banqueros, aunque la principal fuente de riqueza seguía siendo la propiedad agrícola (Alföldy, 2012: 179).

No pocos caballeros eran de origen humilde, hijos de libertos, por ejemplo, que se abrieron paso gracias a su habilidad económica o gracias a sus buenas relaciones con los poderosos y algunos libertos del servicio imperial llegaron a ser recompensados de este modo, pero fueron casos excepcionales, debido a la mancha del origen no libre. Sin embargo, la mayoría había pertenecido al *ordo* decurional y debían su rango fundamentalmente a su patrimonio (Alföldy, 2012: 180-181).

Sólo los caballeros que ingresaban en el servicio del Estado constituían una “nobleza burocrática” y los caballeros que ocupaban las más altas magistraturas y los dirigentes senatoriales formaban la élite rectora del Imperio y sus funciones, rango y privilegios apenas diferían entre sí. La convergencia de ambos *ordines* se vio favorecida por el hecho de que no pocos caballeros de alto rango fueran admitidos en el *ordo* senatorial, la principal línea divisoria radicaba en la distinción de los diferentes rangos dentro de ambos *ordines* y, a juicio del resto de la sociedad, estos dos grupos no constituían dos élites diferentes (Alföldy, 2012: 184).

El emperador trataba a los líderes de los *ordines* senatorial y ecuestre como sus *amici*, con los que alternaba en sociedad y que estaban agrupados en el *consilium principis*, un “consejo real” para asesorar al emperador en los asuntos importantes. Ese

rango de amistad los diferenciaba del resto, mientras que la pérdida de esa dignidad era sinónimo de descrédito social o fracaso político (Alföldy, 2012: 143).

La gran mayoría de la élite romana basa su riqueza en la tierra, más concretamente en su posesión, ya sea para destinarla a la explotación agrícola o, en algunos casos, a la explotación de minas, aunque durante el Alto Imperio la mayoría de las explotaciones mineras que antes formaban parte del *ager publicus* y eran administradas por sociedades de *publicani* pasaron a manos del emperador. En este sentido, durante este período parte de las zonas mineras se integraron en provincias imperiales, como es el caso del sureste de la Península Ibérica o la parte oriental de Sierra Morena, que pasaron a la provincia de la *Tarraconense*, pero esto no sucedió con todas las zonas mineras y algunas continuaron en provincias senatoriales manteniendo así el mismo tipo de administración (Antolinos Marín *et alii*, 2017: 885). El que la base de la riqueza siga siendo la explotación de la tierra se debe a que otras actividades productivas, como el comercio, estaban mal vistas por esta élite romana, lo que lleva a que en muchas ocasiones los grandes comerciantes y artesanos sean extranjeros o esclavos y libertos de la élite (Beard, 2016: 471). También cabe destacar que normalmente la recaudación de impuestos se hacía mediante compañías de *publicani* (Beard, 2016: 280).

En la parte más baja de estos *ordines* se encontraba el decurional. Generalmente los individuos pertenecientes a este *ordo* formaban parte de la *curia* (senado local) y ostentaban cargos administrativos locales. Es el *ordo* en el que se ingresa la aristocracia terrateniente de las colonias y municipios. Para garantizar el mantenimiento del orden social y de las relaciones de producción se exigía una serie de requisitos para poder ingresar en dicho *ordo*, como contar con prestigio social, tener un mínimo de ingresos (100.000 sesteracios) y ser libre de nacimiento, por lo que nuevamente, un liberto no podría llegar a ser decurión.

La mayor parte de los decuriones eran propietarios de tierras en los territorios de sus ciudades, donde disponían con frecuencia de *villae*. Pero las dimensiones y la rentabilidad de esas explotaciones podían ser muy diferentes (Alföldy, 2012: 187). Su organización formaba una corporación independiente en cada una de las ciudades y recibía el nombre de *ordo* decurional, en él se reunían los miembros del consejo y los magistrados. En este *ordo* estaban incluidos aquellos ricos ciudadanos que habían

desempeñado magistraturas urbanas, desde el s. II incluso sin el ejercicio de estas funciones. Pero como los hijos de los decuriones heredaban sus riquezas empezó a ser frecuente que los miembros de una familia pertenecieran durante varias generaciones a este *ordo*. A lo largo del s. II el decurionato fue con frecuencia hereditario y, con el paso del tiempo, hubo cada vez más decuriones que disfrutaban de este estatus pese a no haber ejercido magistratura alguna (Alföldy, 2012: 184-185).

Por lo general contaba con 100 miembros en cada una de las ciudades, aunque debió haber algunas excepciones, por ejemplo, en las ciudades muy pequeñas en las que sería muy difícil encontrar 100 individuos que pudiesen hacerse cargo de los gastos del decurionato (*summa honoraria*). Por lo tanto, en el alrededor de 2.000 ciudades del Imperio habría probablemente entre 200 y 250 mil decuriones (Alföldy, 2012: 185).

La importancia y el número de habitantes de cada comunidad diferían con frecuencia de forma significativa y por eso también eran muy diferentes en cada ciudad la posición real de cada individuo. En muchas grandes y medianas ciudades el censo mínimo requerido para ser decurión alcanzaba los 100.000 sestercios, pero en pequeños municipios como los africanos sólo llegaba a los 20.000 sestercios (Alföldy, 2012: 185-186). Y, por lo general, ni siquiera el *ordo* decurional de una misma ciudad era homogéneo. De forma análoga a la jerarquía interna de los *ordines* senatorial y ecuestre, el *ordo* de cada una de las ciudades mostraba a menudo una estratificación interna que fue creciendo desde comienzos del siglo II, cuando muchos decuriones comenzaron a hacer frente a dificultades económicas (Alföldy, 2012: 188).

A pesar de esto, los distintos *ordines* decurionales presentaban importantes rasgos comunes, consecuencia de que todos sus miembros tenían los mismos derechos y obligaciones. No sólo eran uniformes los privilegios jurídicos y penales, sino también sus obligaciones para garantizar el autogobierno de la ciudad en los ámbitos judicial y financiero, en el suministro de alimentos, en la construcción y en el mantenimiento del orden público. Eso abría la posibilidad de que los miembros de estas élites realizaran una carrera administrativa específica en su estamento con el objetivo de un ascenso social (Alföldy, 2012: 189). La misma importancia tenía la función económica de los decuriones que, junto a los libertos ricos, se hicieron cargo de la mayor parte de los gastos de las ciudades. De un decurión se esperaba que abonara a la comunidad la

summa honoraria o que asumiera los gastos de construcción de edificios públicos. En muchas ocasiones los decuriones gastaban sumas elevadas en destacar por su reiterado mecenazgo, pagando los gastos de obras públicas, organizando juegos o proporcionando alimento a sus vecinos más pobres (Alföldy, 2012: 189-190).

2.2. Personas libres, plebeyos.

Como hemos visto, este sistema socioeconómico implica de la existencia de una élite social que, además, controla la vida política y los medios de producción, así como los altos cargos militares y religiosos. Pero también implica la existencia de grupos desfavorecidos que son explotados por esa élite y que, además, son la mayoría de la población. Y no es hasta época altoimperial cuando comenzamos a conocer mejor el papel de estas personas normales y corrientes. Pero la composición social de los estratos más bajos de la población fue aún más heterogénea que la de las élites y, aunque en la época imperial también se produjo un proceso de integración, sobre todo en las zonas rurales nunca pudo alcanzarse el mismo resultado que había tenido en las élites (Alföldy, 2012: 195-196).

En primer lugar, dadas las diferencias entre la población urbana y la rural se dividió entre la *plebs urbana* y la *plebs rustica*. También estaba clara la diferente situación jurídica de los nacidos en libertad, los libertos y esclavos y de ahí se derivaban importantes diferencias sociales. Pero, los límites entre todos estos grupos no constituían una clara división, la posesión o carencia de los medios de producción, la relativa riqueza o pobreza y la dependencia de las élites no dependía únicamente de la pertenencia a esas categorías, sino que, a raíz de esos factores, se formó una profunda estratificación interna que surgió de manera gradual y no mostraba límites claros (Alföldy, 2012: 196-197).

La población de las ciudades, en términos generales, disfrutaba de una posición más favorable, ya que con frecuencia había mejores posibilidades de negocios, buenas oportunidades para el cambio de profesión, un mayor margen para la vida pública, etc. (Alföldy, 2012: 197). También fue importante que estuvieran autorizados a organizarse en asociaciones (*collegia*), las cuales permitían a toda la gente humilde agruparse con sus colegas de profesión o devotos de una misma divinidad. Los miembros de estos *collegia* eran conscientes de su identidad corporativa y en su consejo podían imitar la

actividad de los dignatarios locales. A su vez, con las aportaciones de los integrantes y las contribuciones de los ciudadanos ricos financiaban una mejor alimentación para sus miembros y un entierro digno (Alföldy, 2012: 197-198).

Y por mucho que se dijese que los espectáculos realizados en circos, anfiteatros... fuesen el gran pasatiempo y la gran pasión de los romanos pobres, la mayoría de estos no podrían haber disfrutado de dichos espectáculos. Sin ir más lejos el Coliseo tenía aforo para el 5% de la población de la ciudad, que sin duda no sería el 5% más pobre (Beard, 2016: 477).

La actividad profesional de esta *plebs urbana* fue muy desigual, sobre todo en las comunidades más pequeñas no eran más que modestos agricultores que cultivaban las tierras circundantes, sin embargo, en las grandes ciudades, desempeñaban una función económica como artesanos y comerciantes. Muchos de ellos disponían de un pequeño comercio donde trabajaban en solitario o con unos pocos esclavos o libertos. Sin embargo, muchos artesanos fueron empleados en los centros de producción de ricos propietarios industriales (Alföldy, 2012: 199-200). La mayoría de estos asalariados dependían de un trabajo estacional, tanto en la agricultura (la época de cosecha) como en la construcción, trabajos irregulares y eventuales que no siempre podían garantizar una fuente de ingresos (Beard, 2016: 477).

A su vez, dentro de la misma *plebs urbana* existen diferentes grados de riqueza. Los hay que poseían una fuente de ingresos bastante segura, podían vivir en casas de varias habitaciones que en muchos casos se encontraban encima de las tiendas y talleres y poseían esclavos, aunque a menudo ellos mismos fuesen libertos o hijos de estos (Beard, 2016: 476).

A pesar de todo esto, la vida cotidiana de la mayoría de la *plebs urbana* seguía siendo dura. Los colectivos de peor posición social eran despreciados por la élite urbana y sus condiciones de vida y trabajo a menudo eran miserables, su vestimenta y alimentación en muchos casos deficiente y sus bienes, por lo general, muy escasos. Situación a la que no ayudaban las carestías ocasionales de alimentos (Alföldy, 2012: 198). Solían vivir en las *insulae* (bloques de viviendas), en las que se refleja muy bien la jerarquización de la sociedad romana, las plantas bajas podían incluso contar con tiendas o negocios, y conforme se ascendía se descendía en el orden social, las

viviendas se iban haciendo más baratas, sí, pero también más pequeñas y peligrosas, además de no contar con instalaciones básicas para cocinar o lavar, y de ser una ratonera en caso de incendio (Beard, 2016: 478).

Pero la gran mayoría de los 50 millones de habitantes que se estima que vivían en todo el imperio eran campesinos libres, pequeños propietarios que producían para consumo propio y eran explotados a través de impuestos y rentas (Beard, 2016: 472-473).

Por otro lado, la esclavitud se fue reduciendo más deprisa en el campo que en las ciudades, en las *villae* y en sus grandes propiedades, se fueron abriendo paso los colonos, agricultores que trabajaban pequeñas porciones de tierra arrendadas a cambio del pago de una renta, bien de una parte de los productos obtenidos, bien en metálico. Este sistema se extendió desde el s. II de manera general por todo el Imperio. Y la mayor parte de los *coloni* eran individuos libres, aunque ocasionalmente podían ser libertos o incluso esclavos. Las mayores diferencias residían en que los *coloni* libres no podían ser encadenados y sus posibilidades de promoción social eran mayores. Aunque aparecieron nuevas diferencias sociales puesto que en esas grandes explotaciones agrícolas surgieron varias categorías de trabajadores: los *coloni*, pequeños arrendatarios; los *coloni inquilini*, sin tierras, residentes en las fincas y obligados a determinadas prestaciones a los propietarios; y los *coloni stipendiarii*, vivían en parte en la finca y en parte fuera de ella y de quienes los *coloni* tenían que recibir ciertas prestaciones de trabajo (Alföldy, 2012: 211-212). La existencia de estos *coloni* se debe a que los grandes propietarios preferían arrendar las tierras por lotes puesto que por contrato debían recibir el pago de dicha renta, independientemente de cómo se hubiese dado la cosecha ese año, además de no tener que preocuparse por la administración de sus tierras.

Pero, en la mayoría del Imperio existían pequeños propietarios de tierras cuyas parcelas no alcanzaban el valor del censo decurional y eran autosuficientes. Además, en muchas de las regiones del Imperio existieron masas de campesinos pobres, sin tierras y carentes de recursos, que intentaron asegurar su existencia como jornaleros. A esto hay que añadir pequeños comerciantes que tampoco faltaban en los mercados rurales y pequeños artesanos que trabajaban tanto en las aldeas como en los talleres de las grandes *villae* (Alföldy, 2012: 212-213).

2.3. Esclavos y libertos.

La importancia de los esclavos en Roma, no sólo en la Roma altoimperial, es primordial, tanto por ser una de las principales (si no la principal) fuerzas de trabajo en el campo, como por todos los demás trabajos que realizaban, sobre todo los que tenían amos ricos y/o pertenecientes a la aristocracia (como minas, canteras...). La principal fuente de información son las inscripciones de algunos enterramientos en los sepulcros para la servidumbre (como algunos *columbaria*), que muestran la gran variedad de oficios y lo específicos que podían llegar a ser: médicos, masajistas, cocineros, comadronas, nodrizas, etc. Llegando a conservarse en el *columbarium* de los *Volusii Saturnini* 191 inscripciones que atestiguan 77 oficios distintos (López Barja de Quiroga, 2012: 60). Además, muchos esclavos (también libertos) estaban empleados como agentes de grandes casas comerciales. Muchos esclavos también fueron siervos domésticos y esclavos de lujo que no fueron empleados en la producción. Entre esclavos y libertos se encontraban con frecuencia los representantes de la “intelectualidad” que ejercían profesiones como asesores jurídicos, médicos, escribanos, ingenieros, etc. Los libertos podían ser pequeños comerciantes con tienda propia, llegando a emplear a sus propios esclavos y libertos. Los esclavos, por otro lado, podían dirigir un negocio como representantes (*institor*) (Alföldy, 2012: 199-200).

Para poder mantener la obediencia de estos esclavos, tan numerosos y que en muchas ocasiones se encontraban tan cerca de sus amos, se utilizaron distintos métodos como la violencia, que tenía un carácter estructural ya que era indispensable para asegurar la obediencia del “enemigo” doméstico y el trabajo del que vivía en el campo. Por lo que en el año 10 d.C. se aprobó un senadoconsulto que estipulaba que, si el dueño moría sin razón explicable, todos los esclavos que vivieran en la casa serían ejecutados. Con esto se buscó convertir a ese “enemigo” doméstico en un aliado y delator (López Barja de Quiroga, 2012: 60). Pero había que poner límite a esta violencia para que no desatara una respuesta desesperada y Antonino Pio ordenó que, si se demostraban las acusaciones de los esclavos que huían por la insoportable crueldad de sus dueños, se forzase su venta a un nuevo propietario (López Barja de Quiroga, 2012: 62).

La violencia por sí misma no bastaba, había que complementarla con premios e incentivos, aunque esto en realidad no fue suficiente (López Barja de Quiroga, 2012:

63). Y fueron necesarios otros como establecer jerarquías entre los esclavos o, en establecer expresiones, símbolos y ritos deshumanizadores, pues los esclavos tenían que interiorizar su situación para así admitir su inferioridad “natural” (López Barja de Quiroga, 2012: 67).

Por otro lado, está la manumisión, muchas veces considerada como parte de estos incentivos, pues la promesa de conseguir la libertad haría más diligentes a los esclavos y menos propensos a rebelarse. Pero, que también podría verse como un método sencillo y efectivo de aumentar la población de ciudadanos (López Barja de Quiroga, 2012: 64). Puesto que a quienes se quería hacer trabajar era a los esclavos rurales, para los que la manumisión era una posibilidad muy remota, ésta tiene más sentido en actividades que requieran cierta independencia y capacidad de iniciativa como por ejemplo el comercio y el artesanado, y en general entre los llamados esclavos domésticos. Lo que deja claro que su importancia dentro de los sistemas de control de los esclavos era bastante secundaria (López Barja de Quiroga, 2012: 66/67).

A los esclavos, por lo general, también les iba mejor en las ciudades que en el campo y podían agruparse en los *collegia* ya mencionados (Alföldy, 2012: 197). Con frecuencia el esclavo urbano tenía la esperanza de conseguir la libertad, siendo muchos *ingenuos* descendientes de antiguos esclavos, pues el hijo de un liberto, nacido una vez que este había sido manumitido, era considerado libre (Alföldy, 2012: 201).

Las principales fuentes de la esclavitud fueron la guerra y la piratería. También hay que tener en cuenta la natalidad, en este sentido, la mayor parte de los esclavos, los llamados *vernae*, eran hijos de esclavos. Sin embargo, también conocemos una fuente adicional y minoritaria para su obtención se trata de la esclavización “voluntaria” de habitantes libres (Alföldy, 2012: 203-204). La esperanza en la liberación podía favorecer que un pobre, carente de ciudadanía, vendiera a sus hijos, o a sí mismo, pues mediante la manumisión, en caso de que el patrón fuera un ciudadano, se obtenía la ciudadanía o, al menos, el derecho latino. Con este sistema, el propietario obtenía importantes beneficios de las relaciones de patronato con sus libertos gracias a los compromisos económicos y morales (Alföldy, 2012: 208).

La situación de los esclavos rurales casi siempre fue diferente puesto que la composición de la *plebs rustica* estaba aún más diversificada. Incluso en el ámbito de

los esclavos hay que hacer distinciones, sobre todo entre aquellos que pertenecen a los pequeños productores y a los propietarios del estamento decurional que se diferenciaban poco del conjunto de la población rural “libre” y con frecuencia trabajaban en el campo junto a su propietario. Por el contrario, la situación de los esclavos de las grandes propiedades era a menudo mucho más incómoda, pero incluso en los latifundios la situación de los esclavos mejoró. En las pequeñas y medianas explotaciones se empleaba con frecuencia, además, a *liberti*. Pero en términos generales la manumisión de esclavos en el campo estuvo menos extendida que en las ciudades, ya que los grandes propietarios estaban muy interesados en el mantenimiento de su contingente servil mediante el nacimiento de *vernae* (Alföldy, 2012: 210-211).

Por otro lado, dentro de los libertos, es decir, los esclavos manumitidos, existía, a su vez, un grupo llamado de “libertos ricos” que solían estar agrupados en la corporación de los *seviri Augustales* que surgieron, por lo general, en el ámbito urbano (Alföldy, 2012: 197), y que estaban considerados como parte de los estratos superiores. Pero debido a su nacimiento no libre sólo pudieron integrarse en el *ordo* decurional en algunos casos excepcionales ya a finales del Alto Imperio y especialmente en el Bajo Imperio, sin embargo, con la obtención del cargo sacerdotal de *sevir* augustal se les recompensaba por sus servicios con los distintivos de un decurión y, al igual que éstos, gozaban de un alto prestigio social y se contaban entre los *honestiores*. En las ciudades formaban una corporación que formaba un “segundo estamento” respecto al *ordo* decurional. En ocasiones, su asociación se denominaba explícitamente como *ordo Augustalium* (Alföldy, 2012: 192-193).

Las fuentes de ingresos de este colectivo se encontraban con frecuencia en el comercio, en la actividad bancaria y en la producción artesanal. Aunque también invertían sus beneficios en tierras de cultivo, por lo que con frecuencia se convirtieron en tan grandes propietarios de tierras como los decuriones y sus funciones económicas apenas diferían.

Los esclavos y libertos imperiales que formaban la *familia Caesaris* también sufrieron bajo el estigma de la esclavitud y su posición fue similar a la de los libertos ricos de las ciudades. Aunque algunos de estos libertos tuvieron más poder e influencia que los principales senadores y, dada su actividad en la administración provincial, sus favorables condiciones económicas y su autoridad, se les podría contar entre las élites

sociales. Su patrimonio también les permitió contribuir al sostenimiento financiero de las ciudades y sus servicios al soberano les garantizó también un cierto prestigio. A pesar del poder y la riqueza, sólo en algunos casos excepcionales llegaron a ingresar en el *ordo* ecuestre y nunca accedieron al senatorial (Alföldy, 2012: 194-195).

2.4. Las mujeres.

Como ya se ha mencionado, la sociedad romana es una sociedad patriarcal, basada en el padre como cabeza de la unidad familiar, esto hace que las mujeres, incluso aunque pertenezcan a las élites sociales, carezcan de cualquier tipo de poder político. Pese a esto, la situación de las mujeres en época altoimperial mejora notablemente (Pérez Benito, 2005: 138). Ejemplo de esto son las mujeres de la élite romana que sí podían disponer de dinero y de propiedades (incluidos esclavos), esto hace que puedan realizar actos evergéticos y que, al hacerlo, generalmente, lo hagan solas demostrando su propio prestigio y riqueza. Las mujeres romanas de un alto estatus social seguían estando privadas de cualquier poder político-administrativo, como ya se ha dicho, el militar sería impensable, pero sí que podía acceder a cargos religiosos, como los ligados al culto imperial que eran otorgados por el consejo local (formado por hombres) a mujeres de la élite (al igual que ocurre con el *sevirato*). Lo que no hace más que reafirmar esa discriminación hacia la mujer, son los hombres con poder quienes eligen qué mujer puede desempeñar estos cargos y cual no. Aunque el verdadero rol de la mujer romana era el de dedicarse a su marido, administrar el hogar y contribuir a la economía tejiendo e hilando, pero, sobre todo, el de procrear. Siendo elogiadas las mujeres que permanecían fieles a un sólo marido, destacando las virtudes de la castidad y la fidelidad (Beard, 2016: 325).

A pesar de esto las mujeres romanas contaban con más independencia que las mujeres de su época en otras partes del mundo, no adoptaban el nombre de su marido, no tenían que ser públicamente invisibles y la vida doméstica no se dividía en dos espacios diferenciados. Las mujeres romanas de época altoimperial legalmente no estaban completamente sometidas a sus maridos y a la muerte de sus padres podían tener propiedades y comprar o vender cualquier mercancía con la condición de que un albacea diese el visto bueno a sus acciones, pero Augusto llevó a cabo una reforma por la cual las mujeres libres que tuvieran tres hijos no necesitaban de este albacea, en el caso de las *libertas* cuatro. Lo que es una clara medida para fomentar la natalidad a

través de la concesión de libertades, pero, por otra parte, fue Augusto quién relegó a las mujeres a las últimas filas en teatros y circos (Beard, 2016: 328).

Pese a que el matrimonio en Roma era una institución privada y se consideraba a dos personas casadas cuando ambas declaraban estar casadas, lo más común es que se tratase de matrimonios concertados, sobre todo entre la élite, que asegurasen alianzas sociales y económicas (Beard, 2016: 332-333). Si bien, la importancia de los matrimonios radica en que eran indispensables para la transmisión del derecho de ciudadanía por vía masculina, no ocurría lo mismo con la vía femenina, que podía transmitir este derecho fuera del matrimonio a través de mujeres solteras o concubinas (Thomas, 2010: 144). Estos matrimonios concertados se daban también para asegurar el futuro de las hijas, por lo que se busca asegurar el matrimonio concertándolo, la denominada *sponsalia*.

Esta *sponsalia* consta de dos principios y, según la época, tendrá más importancia uno u otro. Configurar estos *sponsales* como una simple promesa de matrimonio; o como una especie de estado que anticipa dicho matrimonio. Durante el Alto Imperio, los efectos jurídicos de los esponsales quedaron suprimidos y se caracterizaron por tener un carácter ético y social, por lo que no se generaba un vínculo jurídico (Malavé, 2005: 279-282).

Aun así, por motivos de *pudicitia* y el papel tradicional de las mujeres en la sociedad romana, a éstas se les exigía un nivel de adecuación superior al de los hombres. Y por lo que parece, Juliano, en el s. II d.C. retoca jurídicamente la realidad social para materializar que las hijas, cuyo papel tradicional había sido pasivo, ahora tengan que dar su consentimiento. Aunque, en el s. III d.C. se aprecia un cambio de la mano de Ulpiano. Pues éste da una interpretación bastante más restringida de lo que se consideraba consentimiento, dando por hecho que éste se daba cuando no existiese una oposición expresa a la decisión del *paterfamilias* (Malavé, 2005: 288-289).

Mientras que el primer matrimonio de los hombres se solía dar a los 20/30 años, el primer matrimonio de las “mujeres” llegaba en torno a los 15 años. Esta es una manera de subordinar a la mujer mediante el desequilibrio que se produce entre un hombre adulto de unos treinta años y una “mujer” de quince, una novia niña (Beard, 2016: 333). Marcel Durry descubrió en textos del Imperio prácticas de matrimonios prepuberales,

inscripciones funerarias de niñas casadas a los diez años, o madres de trece años. Esto se debe a que los romanos fijaron que la edad a la que una niña se convertía en matrona eran los doce años, pues los médicos, como por ejemplo Rufo, decían que las muchachas eran púberes hacia los catorce años y aconsejaban casarlas muy jóvenes. Pero, estos médicos también descubrieron que es posible actuar sobre la edad de la pubertad femenina según el régimen y la intensidad del ejercicio físico que realizasen. Lo que podemos saber es que los médicos de la Antigüedad creían conveniente casar a las niñas antes de la pubertad para facilitar el flujo de las primeras menstruaciones gracias a una relación sexual precoz (Rousselle, 2010: 347-348-349). Por lo que estos matrimonios prepuberales no debían ser algo en exceso poco común.

Pese a que en el Imperio existía un corte muy claro que separaba la sociedad entre libres y esclavos, la mayoría de las mujeres, independientemente de su condición social, estaban igualadas por su papel fundamental de dar a luz y la mortalidad que esto implicaba, pues se cree que la mortalidad estaba entre el cinco y el diez por ciento, ya fuese en el propio parto o por infecciones perinatales (Rousselle, 2010: 341-342). Las condiciones ecobiológicas de las mujeres en la Antigüedad están muy marcadas por la organización social y no siempre se escoge entre el celibato o el matrimonio, ni a qué edad se producen estos matrimonios (Rousselle, 2010: 346).

En sociedades como la romana, con una alta tasa de mortalidad, las diferencias organizativas de las poblaciones provienen de la disposición social que define la función de las mujeres, pudiendo distinguir la selección de mujeres destinadas a la reproducción de las personas valorizadas, los ciudadanos (Rousselle, 2010: 357). Por un lado, en las familias ricas se formaba el cuerpo de las niñas con vendajes para conseguir una pelvis grande puesto que se sabía que la amplitud de la pelvis condicionaba los partos (Rousselle, 2010: 342). Y, por otro lado, en Roma, la venta de una esclava estéril quedaba sin efecto si la esterilidad provenía de una enfermedad (no en cambio si era congénita). La comparativa jurídica que se hacía era con la venta de una cerda estéril, si el vendedor no había informado de esto al comprador, estaba obligado por ley a aceptar la devolución. Por lo que la declaración de si estaba castrada o no era obligatoria (Rousselle, 2010: 359-360).

Se sobreentendía que la “naturaleza femenina” era débil, pero que las mujeres, al igual que los hombres, estaban formadas por una naturaleza masculina y otra femenina

en proporción variable y controlable (Rousselle, 2010: 381). Pero, también existían modelos de heroísmo femenino en Roma, en concreto dos: Lucrecia, que se apuñaló para no sobrevivir a la desgracia de una violación; y Clelia, que cruzó a nado el Tíber bajo una lluvia de flechas para liberar a las mujeres y jóvenes romanos que habían sido capturados por el enemigo. Estas dos mujeres son ejemplo de coraje político, pues hay tanta virtud en la pureza de la descendencia como en salvar a la juventud de la ciudad (Rousselle, 2010: 379-380). Por lo que, cuando una mujer actuaba de una manera heroica, demostrando ese coraje, se sobreentendía que había sido a causa, y gracias a, la parte masculina de su naturaleza (Rousselle, 2010: 381). En el *Asno de Oro* encontraremos varios ejemplos que lo reflejan muy claramente, hablando de su “espíritu masculino” cuando una mujer realice un acto “heroico”.

3. Apuleyo y su contexto.

Apuleyo se nos presenta a través de las noticias que tenemos sobre él como uno de los escritores latinos más originales y complejos (Hidalgo de la Vega, Soc. 1986: 9), además, escribió sus obras tanto en latín como en griego. Estas noticias han llegado hasta nuestros días debido a que gozó de una gran fama, realizó multitud de viajes como orador y como filósofo platónico, además fue acusado de cometer crimen de magia y tuvo muestras de honor en Cartago (Pejenaute, 1988: 9).

Sabemos que pertenecía a una familia acomodada dado que su padre, es bastante probable que fuese un veterano procedente de la Península Itálica, se instaló en la colonia de Madaura y en ella ostentó el cargo de duunviro (Hidalgo de la Vega, 1986: 9), la más importante de las magistraturas locales. Además, se conoce que el padre de Apuleyo dejó a sus dos hijos dos millones de sestercios como herencia (Hidalgo de la Vega, Soc. 1986: 9; Pejenaute, 1988: 14), lo que habla de una situación económica muy buena.

De estos cargos a los que accedió su padre, y la cuantiosa herencia, podemos afirmar que pertenecía a la oligarquía local. La que ejerce el predominio social, político y económico en el Imperio Romano durante los siglos I y II de nuestra era (Hidalgo de la Vega, 1986: 9).

Que Apuleyo nació en la colonia romana de Madaura, la actual Henchir Mdaurush

(Argelia), es un hecho bastante aceptado, se cree que en torno al año 125 d.C. debido a que Emiliano Estrabón, condiscípulo suyo, sería aproximadamente de su misma edad y fue cónsul en el 156 (Hidalgo de la Vega, 1986: 9). A Emiliano lo conoció en Cartago, el centro intelectual de África, a donde Apuleyo se dirigió para formarse en gramática y retórica. Pero, tras finalizar dichos estudios decide dirigirse a Atenas para estudiar filosofía. Atenas seguía gozando de ser un prestigioso centro cultural y que vive un renacer gracias a la “Segunda Sofística” (Hidalgo de la Vega, 1986: 9; Pejenaute, 1988: 15).

En Atenas es donde profundiza el platonismo de Apuleyo, seguramente, por lo que se deduce de su *De Platoniae et eius dogmate*, seguiría las enseñanzas del profesor de filosofía platónica Gaius. Pero debido a las tendencias del siglo II d.C. no sería sólo un platonismo rígido y reducido a fórmulas (típico de escuela) sino que, además, estaría impregnado por el misticismo y no tan conforme al espíritu de su fundador (Hidalgo de la Vega, 1986: 9). También en Atenas será donde conozca y entable amistad con Ponciano, el hijo de Pudentila con quien más tarde se casará (Pejenaute, 1988: 18-19).

Este tipo de filosofía que se daba en el siglo II casaba muy bien con las preocupaciones religiosas que tenía Apuleyo y lo lleva a iniciarse en la mayoría de las religiones místicas mientras realiza sus viajes por Grecia y Oriente (Pejenaute, 1988: 15-16). Dentro de estas religiones es especialmente importante para él el culto de Isis-Osiris (Hidalgo de la Vega, 1986: 9-10).

Podemos considerar a Apuleyo como un sofista de nuevo cuño ya que, una vez que conoce a los sofistas (nuevamente en Atenas) desea ir de ciudad en ciudad como hacían ellos y así revivir las tradiciones literarias para suscitar entusiasmo y gloria, teniendo estatuas dedicadas a su persona en su Madaura natal o, por ejemplo, en Oea (Hidalgo de la Vega, 1986: 10).

Finalmente, Apuleyo, cerca de la treintena, regresa a Cartago, donde encuentra la fama y donde habitualmente vivirá (Hidalgo de la Vega, 1986: 10). De Cartago recibió homenajes oficiales y el cargo de sacerdote, probablemente, del culto imperial y estrechamente ligado al ordo ecuestre al que, todo parece indicar, pertenecía su padre (Pejenaute 14). A pesar de esto nunca llegó a ejercer ninguna magistratura y prefirió el renombre de filósofo, aunque en ocasiones tuvo que ejercer de abogado debido a los

gastos de sus estudios y viajes (Hidalgo de la Vega, 1986: 10).

En un viaje a Alejandría Apuleyo se detiene en Oea (la actual Trípoli) debido a una enfermedad y se hospeda en la casa de Ponciano, hijo de Pudentila, al que había conocido y con el que había entablado amistad en Atenas (Pejenaute, 1988: 18-19).

Pudentila era una viuda rica que se acaba enamorando de Apuleyo, quien, animado por el propio Ponciano, se casa con ella. Esta boda es la causante la acusación, por parte de la familia de Pudentila, de haberse servido de la magia para casarse con ella. Y es que el resto de la familia ve cómo se van a perder la herencia. El juicio se celebró en Sábrata, entre el 158 y el 159, ya que se celebra ante el procónsul Claudio Máximo (Pejenaute, 1988: 19).

Pese a que la ciudad de Oea le llegara a dedicar una estatua a Apuleyo y que éste quedara absuelto, nunca llegó a perder la fama de hechicero y siguió contando con la oposición de la familia de Pudentila a su matrimonio (Pejenaute, 1988: 19). Lo cierto es que, bajo el patronazgo de la filosofía, Apuleyo se dedicó a investigar ese tipo de cosas ocultas y prodigiosas, superstición y magia, conocimientos y prácticas que según el propio Apuleyo eran indispensables para un buen filósofo. Aunque, a decir verdad, este tipo de prácticas se habían ido extendiendo a través de todas las clases sociales (Hidalgo de la Vega, 1986: 10).

Los últimos hechos de los que hay constancia son el panegírico en honor al procónsul Severiano Honorino (en torno al año 162 o 163 d.C.) y el discurso ante el nuevo procónsul Escipión Orfito, que sería pronunciado en el año 163 o 164 d.C. Después de esto no hay constancia de las actividades de Apuleyo, lo que hace que no se pueda dar una fecha exacta de su muerte (Pejenaute, 1988: 21-22).

En la obra aparecen varios hechos indudablemente relacionados con el contexto del autor, siendo algunos de los más claros los que están relacionados con las religiones de salvación orientales, como puede ser por ejemplo, el claro desprecio que muestra Apuleyo hacia Filebo (el sacerdote de la diosa Siria que compra a Lucio-asno) y hacia el resto de su grupo de sacerdotes: *“un invertido y, además, un invertido viejo, calvo... un sujeto procedente de la hez del arroyo...”* (VIII 24, 2), *“tragaldaba”* (VIII 25, 3), *“pero aquellas niñas eran en realidad un coro de invertidos...”* (VIII 26, 2). Este tipo de

apelativos son constantes durante la estancia de Lucio-asno con los sacerdotes de la diosa Siria, así como “*se podía ver el suelo empapado con la sangre inmunda de aquellos afeminados...*”. También aparece un fragmento, que no ayuda a mejorar la reputación que Apuleyo da a estos sacerdotes, en el que éstos roban un cántaro de oro del santuario de la diosa local y al ser descubiertos alegan que había sido un regalo de dicha diosa a la diosa Siria (Hidalgo de la Vega, 1999: 175). Pero ¿a qué se debe tanto desprecio hacia unos simples sacerdotes? Ocurre que Apuleyo es un iniciado isíaco y le da una centralidad e importancia a Isis que ninguna otra divinidad tiene, es la responsable de que Lucio recupere su aspecto humano, Isis es la última y verdadera forma de salvación, y la rivalidad existente entre los cultos a Isis y a Siria bien podría ser uno de los motivos que llevan a Apuleyo a tratar de esta forma a los sacerdotes de Siria (Hidalgo de la Vega, 1999: 165). Además, esta es una época en la que se produce una gran eclosión de cultos orientales, cultos de salvación, prácticas místicas, etc., y esto representa un problema para las élites, no por lo que representa en sí mismo cada religión o culto distinto, sino porque se les pueda dar un uso contrario a los intereses de estas élites (Hidalgo de la Vega, 1999: 176). Esto se debe a la función social del culto a la diosa Siria que hacía que tuviese una gran aceptación entre las capas más bajas de la sociedad romana, que a su vez representan el grueso de la población, siendo ejemplo de esto que al frente de la primera revuelta de esclavos en Sicilia (135-131 a.C.) estuviese Euno, un esclavo sirio (Hidalgo de la Vega, 1999: 179-180).

Pero gracias a las descripciones que se hacen también vemos la forma de vida de estos sacerdotes, en continuo peregrinaje, realizando sus ritos para recibir las donaciones de los habitantes de las zonas por las que pasaban para ganarse así su sustento (Hidalgo de la Vega, 1999: 174). Además, a estos ingresos añadían los de los vaticinios, en una aldea en la que los acogen inventan un vaticinio tan ambiguo que sirviese para contestar a cualquier pregunta (Hidalgo de la Vega, 1999: 175).

Otro ejemplo de esto lo vemos en la esposa del molinero, la cual es cristiana y Lucio-asno dice “*en vez de profesar una religión determinada, se inventaba la sacrílega creencia en un dios único, como ella decía, y engañando a todos los hombres, sirviéndose de prácticas fingidas y sin fundamento y embaucando a su desgraciado marido*” (IX 14, 5).

4. Desigualdades Sociales en *El Asno de Oro*.

Tomando el *Asno de Oro* como una obra, si no autobiográfica, puesto que no se ha podido demostrar, sí, al menos, como una obra que posee gran cantidad de elementos autobiográficos sobre Apuleyo, podemos realizar una aproximación a la sociedad de la Roma de época altoimperial, especialmente del siglo II d.C., y más concretamente a la visión que tiene una persona contemporánea a dicho momento. Teniendo siempre en cuenta que se trata de un autor de su tiempo, y, además, un hombre perteneciente a las clases altas de una sociedad marcadamente elitista y patriarcal.

El Asno de Oro representa uno de los pocos acercamientos contemporáneos a las clases bajas de la sociedad romana de este periodo y a su forma de vida. Esto se debe a que tanto Lucio, pero en especial Lucio-asno, se acerca a todos los niveles existentes en la sociedad puesto que cambia continuamente de dueños. Lo que le permite al autor mostrar a diversos personajes de clases sociales distintas, así como su forma de vida y las injusticias y grandes desigualdades sociales existentes en su tiempo.

Lo que no queda del todo claro es si Apuleyo hace esto, mostrar las desigualdades sociales, de una forma consciente y como denuncia a la existencia de estas; o si, por el contrario, simplemente muestra la sociedad tal y como es, dando por hecho que es el orden natural de las cosas. Particularmente y personalmente, me decanto por la segunda opción, puesto que, a través de Lucio, en ningún momento se denuncia o se crítica ninguna desigualdad social, a no ser que se incumpla la ley establecida, pero si una situación, por más injusta y desigual que pueda ser, está dentro del marco legal se limita a exponerlo y no sólo no lo denuncia o critica, en ocasiones lo celebra y aplaude como en el caso del hortelano.

Por otro lado, está el trato que reciben las mujeres en la obra y que se analizará más detenidamente en este apartado. Pero cabe destacar que, salvo contadas ocasiones, como es el caso de Birrena o mujeres que apenas si aparecen mencionadas como la mesonera de Hípata a la que Lucio pregunta por la casa de Milón, el resto de las mujeres de la obra resulta que acaban siendo infieles a sus maridos, brujas o asesinas, o una mezcla de todo. Desde el principio de la obra, puesto que es la primera historia que se cuenta, se culpa a una mujer de los males de un hombre, es el caso de Sócrates y Meroe en el Libro I, y esta idea se mantiene durante todo *El Asno de Oro*. En este caso Apuleyo nos muestra la existencia de vagabundos y desarraigados a través de Sócrates (I 6, 1) a

quien Aristómenes, en un primer momento, se acerca indeciso pese a ser un buen amigo debido a la situación en la que se encuentra. Tras ser ayudado por Aristómenes, Sócrates se dispone a contar su historia, así en un primer momento se observa que la causa de sus males son los bandoleros (I 7, 6) (como veremos esta será otra constante durante toda la obra que se abordará más adelante), pero pronto aparece la mujer como causante de los males del hombre, en este caso a través de Meroe, al expresar “*y en este punto comenzaron mis desgracias:... hasta que aquella excelente esposa y mi mala fortuna me llevaron al estado en que me viste hace poco*” (I 7, 9-10). Meroe es quien se muestra “*aguijoneada por la picazón amorosa, haciéndome compartir su lecho*” (I 7, 8-9), por lo que Sócrates culpa a la mujer y a su mala fortuna de sus males, en ningún momento se muestra crítico consigo mismo por haberle sido infiel a su esposa con otra mujer o a su afición por los juegos de gladiadores que le llevan, como él mismo dice, “*a pasar por un valle impracticable y pantanoso*” (I 7, 6) para dirigirse a Larisa y es este el momento en el que es asaltado por bandoleros. Pero cuando Sócrates le recrimina su actitud a Aristómenes “*que te mereces el peor de los castigos... tú que has antepuesto a tu hogar y a tus hijos los placeres de Venus y una prostituta acortanada*” (I 8, 1), éste se limita a excusarse en que Meroe es una bruja, por lo que no es culpa suya haber “*caído en sus redes*”, ya que estaba hechizado.

Tras esta especie de introducción en la que se presentan las dos constantes de la obra y causantes de casi todos los males de su tiempo, los bandoleros y las mujeres, Apuleyo continúa con el libro, pero para poder analizar más detenidamente las diferencias y desigualdades sociales, y el tratamiento que Apuleyo les da voy a analizar en primer lugar los casos pertenecientes a las élites sociales, las personas libres y los esclavos, que muestran las desigualdades en función de la clase social. Haciendo especial hincapié en los casos de las mujeres, que son ejemplo de las desigualdades en razón del sexo, y en algunos casos puntuales y excepcionales dentro de esta obra.

La primera muestra de los ricos y privilegiados se nos da a través de Milón, el prestamista de Hípata que acoge en su casa. El cual cumple una visión muy extendida acerca de las personas que se dedicaban a este oficio, usureros y avaros pese a poseer gran riqueza, debido a que en ningún momento se aclara si Milón pertenece a algún *ordo* y a ese trabajo “indigno” para la élite que realiza, tal vez sólo se trate de una persona enriquecida. Apuleyo nos deja clara esa visión de los prestamistas a través de varios fragmentos como los de: la mesonera de Hípata, donde expresa “*Allí vive el*

Milón en cuestión, hombre de bien repleta la cartera y que nada en la opulencia, pero de mala fama a causa de su extrema avaricia y su rastrera tacañería, ya que ejerce con frecuencia la usura...” (I 21, 5-7); el de Lucio, *“Al oír esto, considerando o la frugal manera de ser de Milón...”* (I 24, 1); y el del propio Milón, quien ante una mesa vacía dice *“He aquí lo que puedo ofrecer a mis huéspedes”* (I 22,7).

El siguiente personaje perteneciente a la élite de la sociedad que se presenta es Birrena, quien es una de las pocas excepciones que existen en la obra respecto al papel que juegan las mujeres en la misma. Sin lugar a dudas esta excepción se debe a que, como dice la propia Birrena, *“... ¿y cómo no si era compañera de tu madre no sólo por los lazos de la sangre, sino también por la comunidad de alimento... oriundas ambas de la familia de Plutarco, nos amamantamos juntas... y juntas crecimos unidas como hermanas?”* (II, 3, 1-2). Se trata de una relación de parentesco con la propia madre de Lucio que hace que Birrena sea representada como una mujer extraordinariamente rica, pero que se preocupa continuamente por Lucio y su situación actual, algo que queda muy patente cuando Lucio le comunica que se hospeda en la casa de Milón, y Birrena le pone sobre aviso de que la mujer de Milón es una bruja, al decirle *“... estoy llena de preocupación por ti... deseo que estés bien sobre aviso, te pido que estés precavido, que tomes enérgicas precauciones en relación con las malas artes y las criminales seducciones de esa Pánfila casada con ese Milón... Pasa por ser una hechicera de primera fila...”* (II, 5, 1-8). La mujer de Milón es tratada como una bruja, pero, además, podemos observar una contraposición: la mujer familiar y amiga de su madre, buena y adinerada, y la mujer de un usurero, que es tratada como una bruja, lo que podría recalcar todavía más que Milón en realidad no pertenece a la élite, puesto que riqueza no siempre equivale a élite, como hemos analizado en el apartado dedicado a la sociedad. Pero sigamos con el análisis de Birrena, además, en un momento dado Lucio se dirige a ella como “madre”, apelativo cariñoso bastante común en latín (Pejenaute, 1998: 122); es de destacar este hecho porque, pese a que en la obra aparece en más ocasiones, las dos únicas en las que Lucio, que no Lucio-asno, lo utiliza es con las dos únicas mujeres de esta parte de la obra (antes de ser convertido en asno) que no son ni brujas, ni asesinas, o bien su amante, la mesonera de Hípata (I 21, 4), y Birrena (II 3, 5).

Pero como se ha dicho, Birrena es una mujer que pertenece a la élite de la sociedad, y esto, queda patente desde el primer momento, *“...alcanzo a una mujer que andaba paseando por allí acompañada de una gran comitiva de sirvientes. El oro en*

que se engarzaban sus alhajas y con el que estaban tejidos sus vestidos pregonaba que se trataba ciertamente de una gran dama” (II, 2, 3-5). Y por si quedaba alguna duda, el autor dedica por completo el capítulo 4 del libro II a describir el ostentoso atrio de la casa y toda su decoración. Por último, vemos otro ejemplo de la riqueza de Birrena cuando esta organiza una cena tan espléndida que, nuevamente, se dedica un capítulo entero, el 19 del libro II, sólo en describirla, “... *como correspondía a una anfitriona de alcurnia, la flor y nata de la ciudad. Suntuosas y resplandecientes mesas de tuya y marfil; lechos recubiertos de mantos tejidos en oro...*”.

Sólo a través de un personaje, Birrena, Apuleyo ya nos está mostrando en gran medida como eran las vidas de estas élites sociales de la Roma altoimperial. Gran multitud de esclavos que los acompañaban allá donde fuesen (siempre presentes, pero invisibles en la mayoría de los casos), lujosas casas con espléndidos (y muy caros) elementos decorativos que el grueso de la población romana no podría llegar a pagar jamás, suntuosos banquetes organizados para el resto de dicha élite de la zona en una carrera por ver quién organizaba el mejor y más caro de dichos banquetes.

Pero con Birrena, al igual que ya había hecho con Milón (I 23,4), nos deja patente que precisamente Lucio también proviene de una familia perteneciente a estas élites, “*tu madre se casó con un personaje importante*” (II 3, 2). Otro ejemplo de esto es el de los magistrados de Hípata, “*nosotros conocemos bien, señor Lucio, tanto tu propio rango como la prosapia de tus parientes, ya que el renombre de tu inclita familia se extiende por toda la provincia...*” (III 11, 1). Además, como se dice en Pejenaute (1998: 129) “*los que piensan que en la novela hay rasgos autobiográficos de Apuleyo recuerdan que el padre del novelista había sido “duumvir” en Madaura*”, como ya se destacó en el anterior apartado.

Por otro lado, bastante en la línea de lo que ocurre con Milón, tenemos a Crísero, el rico banquero de Tebas en cuya casa los bandoleros intentan robar. Y se nos presenta como: “*banquero, dueño de una copiosa fortuna, el cual, por miedo a las obligaciones y a los cargos públicos, disimulaba sus inmensas riquezas echando mano de redomadas triquiñuelas... contentándose con una casa diminuta... vestido con harapos y sucio, dormía, sin embargo, sobre sacos de oro*” (I 9, 5-7). Nuevamente aparece como un prestamista tacaño, no sólo para que no le roben, sino también para no ostentar cargos públicos, pues eso suponía dar la *summa honoraria*. Esta es la actitud que Apuleyo

crítica en los ricos, no el hecho en sí de que sean ricos a costa de otros o la propia desigualdad que se muestra en la escena, hombres libres que movidos por la pobreza y esclavos que han decidido huir y que forman una banda de bandoleros para sobrevivir, frente a una persona notablemente rica (si no más) que decide ocultar esa riqueza para librarse de los cargos públicos, puesto que esto significaba pertenecer al grupo de los “*honestiores*” y un desembolso de dinero (Blánquez, 1987: 125). En este momento queda patente que lo que preocupa a Apuleyo no son las desigualdades sociales propias de su tiempo, sino el incumplimiento de la ley por parte de las élites y la impunidad de la que gozaban en la mayoría de los casos (a lo largo de la obra aparecen más casos similares), es más, utilizando a uno de los bandoleros Apuleyo nos dice, “... *Crísero, el más infame de todos los bípedos...*” (IV 10, 3).

Con anterioridad a la historia de Crísero ya se nos narra otro ejemplo de esta impunidad con que cuentan las élites, sólo que no llega a tener tanto peso en su narración porque el hecho resulta no ser cierto, Lucio, supuestamente, da muerte a una banda de jóvenes que intentaban robar en la casa de Milón, pero en realidad resultan ser unos odres hechos de piel de cabra. No obstante, se nos muestra la existencia de una banda de jóvenes, que pertenecen a las mejores familias que se dedican a perturbar la tranquilidad de todos por la noche y que incluso han llegado al asesinato (II 18, 3), y esta banda actúa con total impunidad. Además, se muestra un problema que es bastante recurrente en la obra, y que debió ser un problema importante en este periodo, o al menos para Apuleyo lo era, la incapacidad de hacer cumplir la ley. Esto aparece constantemente, tanto en el caso de Crísero, como en el de los lindes del rico propietario que se verá más adelante, a la hora de frenar a esta banda de jóvenes o las bandas de bandoleros, etc., pues afirma que “... *las fuerzas de policía del gobernador, al estar lejos, no son capaces de librar a la ciudad de tal azote*” (II 18, 3-4).

Uno de los pocos casos en los que sí que actúan “las fuerzas del orden público” es en el que relata el supuesto bandolero Hemo de Tracia, que resulta ser en realidad Tlepólemo. Éste relata cómo su banda desapareció en un momento puesto que el propio César así lo ordenó. Pese a que en realidad la historia la cuenta Tlepólemo, este hecho coincide con un hecho real (Blánquez, 1987: 122). Por lo que vemos que, al menos en algunas ocasiones, sí que se podía poner fin a la actividad de estas bandas por parte de las autoridades, sólo tenía que ordenarlo alguien lo suficientemente poderoso.

Siguiendo con los casos en los que las autoridades no llegan a intervenir. Mientras el dueño de Lucio-asno es un hortelano, realmente pobre, éste, ayuda a un hombre rico que se había perdido, quien le invita a una comida al hortelano, y, durante esta comida se enteran de cómo han muerto los 3 hijos. Y es que, un rico y poderoso terrateniente de alta alcurnia, durante un juicio de deslindes, que pensaba utilizar para hacerse con las tierras de su vecino pobre, provoca una verdadera batalla campal en la que acaban muriendo los tres (IX 35, 3-6). Nuevamente vemos una severa crítica por parte de Apuleyo, y de nuevo es porque un rico y poderoso está incumpliendo la ley impunemente, pero también nos muestra la realidad de una sociedad formada por unos pocos extremadamente ricos y poderosos y una mayoría de pobres, la de los continuos abusos de los ricos que utilizan todos los medios de los que disponen para aprovecharse del resto de la población. Uno de los tres hermanos dice que “... *los pobres, amparados por la liberal protección de las leyes, acostumbraban a tomarse venganza de la insolencia de los ricos*” (IX 36, 2), pero la reacción del rico es la de “*pueden ir a colgarse, él, todos los presentes y hasta las mismas leyes*” (IX 36, 4) y ordena soltar a los perros, posteriormente se unirán a la batalla sus esclavos. La única “justicia” que se produce en este fragmento viene a manos de uno de los tres hermanos que consigue dar muerte al rico antes de morir.

Como ocurre en el caso de la banda de bandoleros que secuestra a Cáríte, la “justicia” no se hace cumplir por las instituciones del estado ni las personas al frente de ellas, son los propios conciudadanos quienes se encargan, en el primer caso de poner fin a los abusos de una persona rica y desalmada, y en el segundo a los continuos ataques y saqueos de los bandoleros.

Enlazado con la historia del hortelano y siguiendo en la línea de este tipo de abusos de los poderosos nos encontramos al legionario que intenta incautar a Lucio-asno (todavía en posesión del hortelano) para transportar el bagaje de su comandante (IX 39, 5), pese a que dicho legionario no perteneciese a la élite social propiamente dicha, sí que tiene poder sobre un ciudadano cualquiera, y más tratándose de una persona tan humilde y pobre como el hortelano. Si bien, esto puede parecer un abuso de poder (y hasta cierto punto lo es) entraba dentro del marco de la legalidad (Blánquez, 1987: 123). Mientras que el hortelano, que se niega a entregar el asno, golpea al legionario y se da a la fuga para ocultarse en la casa de un amigo, los compañeros del legionario acuden a los magistrados con la falsa historia de que el hortelano ha robado

una vasija de plata de su comandante. Pese a que la historia de que el hortelano ha robado dicha vasija es falsa, todo el procedimiento de registro de la casa y detención, tanto del hortelano como de su amigo (cómplice por haberle ocultado), se desarrolla de manera correcta y legal, Apuleyo no presenta aquí ninguna crítica (Blánquez, 1987: 124), es más, Lucio-asno ni siquiera se apena de la suerte que le pueda llegar a correr al hortelano, “... *teniendo que responder de su culpa sin duda con su cabeza, se lo llevan al calabozo público*” (IX 42, 4) y “*Al día siguiente, yo, a decir verdad, no sé qué es lo que hizo mi dueño el hortelano*” (X 1, 1).

Pero si por algo destacaban las élites sociales romanas era por la posesión de esclavos. Sí que es cierto que el sistema esclavista se encontraba profundamente instaurado en la Antigüedad y que había ciudadanos romanos, personas libres (plebeyas) que en función de sus riquezas podían poseer uno o dos esclavos. Pero, las élites romanas, por lo general, llevan este hecho a otro nivel, como ya se ha analizado. Milón, pese a ser rico sólo tiene una esclava doméstica, Fótide, pero no es un caso concluyente, puesto que él mismo vive, hasta cierto punto, de una manera “humilde” por miedo a los ladrones como él mismo dice (I 23, 2). En el caso de Birrena, una mujer muy rica que sí lleva un tren de vida acorde con su estatus social, sí que se menciona en su primera aparición en la obra que iba acompañada de una gran comitiva de sirvientes (esclavos) (II 2, 4), pero no se llega a hablar más acerca de sus esclavos. Tenemos que irnos hasta el libro VIII para encontrar un ejemplo más claro, el del rico y religioso ciudadano de clase alta que acoge a los sacerdotes de Siria. En este caso se nos habla de Hefestión, el cocinero a quien un perro le roba la pieza de caza que estaba preparando para su dueño, y, ante esto, su primera reacción, lleno de temor (VIII 31, 2) es la de querer suicidarse, para este esclavo la mejor salida, y la más rápida, ante la ira de su dueño es el suicidio (López Barja, 2007: 312). En este fragmento podemos ver lo asimilada que podía llegar a estar en algunos casos la condición de ser esclavo, pues el hecho de haber tenido un fallo relativamente pequeño lleva a Hefestión a querer suicidarse por temor a las represalias y los castigos que le pudiese propiciar su amo. Por lo que parece, algo bastante común incluso en tiempos de Apuleyo pese a la reinterpretación de la “*Lex Cornelia de sicariis et veneficis*” en época de Claudio, que supuso un cambio en la concepción jurídica de los esclavos, anteriormente considerados como cosas y no como personas (Blánquez, 1987: 126). Pero esto no queda aquí, también aparece la esposa de Hefestión y su hijo, una pequeña muestra de que las personas con esa condición social de esclavitud podían vivir como un matrimonio, pese a no poder hacer un contrato

matrimonial. Tanto en IX 1, 3 como en IX 2, 1 se habla de otros sirvientes del rico señor para finalmente enumerar una lista de personas, esclavos de este rico señor, en IX 2, 3; Mirtilo el mulero, Hefestión el cocinero, Hypnófilo el ayuda de cámara, Apolonio el médico y otros muchos de la servidumbre. Como se nos muestra, este rico y religioso señor cuenta con una gran cantidad de esclavos, incluso tiene su propio médico.

Pero más allá del temor que le tiene Hefestión a su dueño no aparece ninguna relación de estos esclavos con su dueño. Pero, gracias al resto de la obra podemos hacernos una imagen de cómo serían estas relaciones en muchos casos. Y es que, el propio Lucio, en su viaje a Hípata lleva consigo al menos un esclavo, al que apenas si se le hace caso en la obra. Podemos constatar su primera “aparición” en la obra gracias a que usa el plural, “... *con el fin de comprar algo que podamos comer...*” (I 24,3), incluso da la sensación de que para él tiene más importancia su caballo, pues no sólo aparece antes y se le menciona directamente, si no que Lucio llega a decir, “*Lo más importante, con mucho, para mí es mi caballo...*” (I 24, 2). Es más, cuando en Hípata le culpan del robo en la casa de Milón, Lucio se entera, por medio de uno de los bandoleros, de que su esclavo había sido torturado casi hasta la muerte para que confesase los planes de su dueño (VII 2, 2-3), éste ni se inmuta por lo que le ha ocurrido a su antiguo esclavo, que pudiendo haber mentido y confesado el supuesto plan de Lucio para robar a Milón y así evitar ser torturado, no lo hace. La reacción de Lucio-asno es la de lamentarse por la mala fortuna que está teniendo (VII 2, 4).

Sólo con esto ya podemos empezar a hacernos una idea de la visión que tiene Apuleyo de los esclavos, pues si al protagonista de la obra, por cuya boca habla el autor, no se inmuta ante las torturas que sufre su fiel esclavo, que prefiere ser torturado a traicionar a su dueño, difícilmente lo va a hacer ante las injusticias o desigualdades que puedan sufrir otros esclavos. Además, este fragmento también sirve para ver la idea que podía tener un romano perteneciente a la élite social de cómo debía ser y cómo debía comportarse un esclavo, prefiriendo la muerte a traicionar a su dueño.

Por otro lado, son muy escasos los casos en los que se nos muestran a los esclavos como delincuentes, y en la mayoría de los casos, no son el ejecutor directo, sino un cómplice llevado a realizar dicho delito por orden de su dueño (Blánquez, 1987: 126). Siguiendo con esto cabe destacar, por la diferente actitud y forma de actuar, dos casos: el de Myrmex, el esclavo del decurión, Bárbaro; y el del esclavo encargado de la

vigilancia y administración de una *villa* y el resto de los esclavos.

En el primer caso cuando Bárbaro regresa a casa y encuentra unas sandalias que no son suyas bajo la cama, sospecha de Myrmex y ordena al resto de sus esclavos que lo lleven encadenado al foro (IX 21, 2), sin duda para que sean los magistrados quienes le impongan un castigo (Blánquez, 1987: 127), de acuerdo con cómo se exigía legalmente.

Al contrario, en el segundo caso, dicho esclavo (casado con una esclava) que comete adulterio con una mujer libre, esta pega fuego a la contabilidad y al almacén de la *villa* para finalmente matar a su hijo y suicidarse (VIII 22, 2; 22, 4). Ante esta situación la actuación del dueño de la *villa* y de los esclavos (perteneciente sin duda a la élite puesto que posee una *villa* romana) decide castigar él mismo al esclavo y propiciarle una muerte lenta, cruel y dolorosa a su esclavo, algo ante lo que, nuevamente, Lucio-asno no reacciona y no emite ningún comentario ni a favor ni en contra de este hecho, pese a que, como se ha dicho anteriormente en época de Claudio se reinterpreta la “*Lex Cornelia de sicariis et veneficis*” y, además, el emperador Adriano prohibió matar a los esclavos (Blánquez, 1987: 126).

Anteriormente se había visto como Apuleyo, a través de Lucio y Lucio-asno, no denunciaba las desigualdades sociales, si no las ilegalidades de los ricos y poderosos, pero en este caso se puede ver claramente como no ocurre de este modo cuando esa injusticia legal, ese incumplimiento de la ley se produce para con un esclavo, sólo cuando un rico y poderoso utiliza su posición para aprovecharse de personas libres y en su propio beneficio por encima del de su comunidad, cuando esto ocurre contra un esclavo no aparece ninguna palabra de crítica o disconformidad, mostrando que, pese a las reformas legales, en muchos casos (si no la mayoría) al menos estas élites romanas seguían teniendo la concepción del esclavo como posesión, como objeto y no como persona todavía en el siglo II d.C., si bien, esto no ocurriría en toda la población romana, puesto que se llevan a cabo dichas reformas, sí que ocurre en parte de la población.

También aparecen en la obra más menciones a los esclavos que siguen en la línea del caso del hombre rico y religioso, destacando los esclavos de Cáríte y Tlepólemo. Élite que poseen un gran número de esclavos encargados de prácticamente cualquier tipo de trabajo. A los ya mencionados anteriormente tenemos que añadir:

- El mayoral de la yeguada al que Lucio-asno es entregado por Cáríte y su mujer, nuevamente avara y malvada (VII 15, 3), quien en lugar de recompensar a Lucio-asno, como Cáríte había mandado, lo coloca en una rueda de molino. Donde vemos como para ganarse el sustento los propietarios (o en este caso encargados) del molino lo alquilaban al resto de vecinos para moler su trigo. Algo que continuó haciéndose en la Edad Media.

- Un pequeño esclavo (uno de los pocos malvados que aparecen en la obra) que es el encargado de subir al monte a por leña (VII 17, 2).

- Campesinos que trabajan las tierras de sus dueños (VII 15, 1).

- Pastores de los animales que son propiedad de sus dueños (VII 25, 4).

- Esclavos domésticos, que sin lugar a duda serían los que mejor vida llevaban (VIII 1, 1).

- La nodriza de Cáríte que la ayuda con su venganza (VIII 10, 5).

Como se puede ver, las élites sociales romanas no necesitaban realizar prácticamente ningún trabajo, pues poseían esclavos que se encargaban de ello, lo que les permitiría utilizar su tiempo en aquello que quisieran y llevar una vida de lo más cómoda y tranquila. Pero también se puede ver cómo había esclavos que poseían cierta “libertad” o, mejor dicho, independencia, siempre que cumpliesen sus obligaciones con sus dueños, la mujer del mayoral alquila el molino para beneficio propio y poder llevar una vida mejor, no para obtener más ingresos que entregarles a sus dueños (VII 15, 3). Siguiendo en este hilo de esclavos que gozan de cierta independencia para actuar tenemos a los hermanos, uno panadero y el otro cocinero, esclavos de Tiaso que compran a Lucio-asno para cargarlo con sus utensilios y poder servir así a su dueño, estos hermanos tenían su propia habitación, capacidad para comprar un asno, iban todos los días a los baños públicos después de la cena, etc. (X 13, 4-7), y que los ingresos de lo que vendían eran para ellos, pues afirma: “*No es justo ni propio de hombres el que día tras día andes robando a hurtadillas los mejores trozos para, poniéndolos a la venta, ir a escondidas aumentando tu peculio...*” (X 14, 3).

Que todos estos campesinos, pastores... son esclavos puede no quedar claro en un primer momento, puesto que no se menciona que sean esclavos y gozan de esa cierta independencia. Pero su condición de esclavos queda clara cuando hablando de los campesinos tras enterarse de la muerte de Cáríte y Tlepólemo, se nos dice, “*entonces ellos (los campesinos), temiendo pasar bajo el dominio de un nuevo dueño, y*

compadeciéndose sinceramente del infortunio da la casa de su señor, se disponen a emprender la huida” (VIII 15, 1-2). Estos esclavos de Cáríte todavía no saben quién es su nuevo dueño, pero aun así deciden huir por miedo al nuevo dueño y el trato que les pueda dar (López Barja, 2007: 312).

El caso de los esclavos de Cáríte nos presenta un nuevo tipo de situación, la de los esclavos que deciden huir y tratar de ser libres. En estas huidas podemos encontrar dos tipos, de los que al menos uno aparece en la obra de forma expresa. Nos referimos a la de estos campesinos que buscan un lugar lejano y seguro en el que esconderse para tratar de hacerse pasar por plebeyos libres y conseguir una vida mejor y es de importante mención que, pese a la clara ilegalidad que la huida de esclavos y su acogida representaba, ni Lucio-asno crítica esta huida (pues gracias a ella se libra de ser castrado), ni nadie por el camino ni en la ciudad de destino parece sorprenderse ni hacer preguntas, lo cual parece indicar que este tipo de huidas eran bastante frecuentes (Blánquez, 1987: 128).

Por otro lado, aunque no se nos narra ninguna huida de este tipo, sí queda claro que las bandas de bandoleros estaban formadas en gran medida por esclavos que habían huido de sus dueños, por lo general estarían formadas por personas libres (que probablemente se habían empobrecido sobremanera) y por esclavos huidos (Blánquez, 1987: 130). Cuando los bandoleros con los que se encuentra Lucio-asno, los secuestradores de Cáríte se plantean reclutar gente nueva para suplir las bajas que habían tenido recientemente, se nos dice que uno de ellos era de la opinión de que *“a los reacios se les podía empujar por el miedo, a los simpatizantes se les podía atraer mediante recompensas y no serían pocos los que, renunciando a una vida de esclavos, preferirían pasarse a su banda y ser poderosos como reyes”* (VII 4, 4). Por lo que cabe pensar, que sería algo bastante frecuente que estas bandas, que por otro lado parecen ser muy frecuentes en tiempos de Apuleyo, tuviesen entre sus miembros a esclavos que, lejos de haber aceptado esa condición (como en otros fragmentos de la obra se nos da a entender que es lo normal) deciden escapar y tratar de buscar otra vida.

Pero, efectivamente y lejos de ninguna duda, la huida de los esclavos era ilegal y estaba duramente penada. En el relato de Apuleyo se nos muestra la situación de unos esclavos fugitivos, pues llevan letras grabadas en la frente (Pejenaute, 1998: 325), que habían sido castigados con el trabajo en el molino, uno de los peores trabajos de la

Antigüedad (Pejenaute, 1998: 325). La propia descripción que hace Lucio-asno de dichos esclavos no deja lugar a dudas de las pésimas y duras condiciones, así como de la desigualdad social, a la que estaban sometidos estos esclavos que trabajaban en los molinos, hasta el punto de que en la obra ese trabajo se destina como castigo a esclavos que habían huido y son capturados: “*¡Dioses misericordiosos, qué hombres tan desgraciados los que allí había! Toda su piel, amoratada... la espalda, toda cicatrizada... algunos, solamente cubiertos con un exiguo taparrabos... todos con letras grabadas en la frente, la cabeza a medio rapar y argollas en los pies... los párpados quemados... hasta el punto de que apenas si podían ver... sórdidamente rebozados en ceniza y harina*” (IX 12, 3-4).

La situación de estos esclavos llega a tal punto que Lucio se apiada más de ellos, esclavos que habían intentado huir rompiendo la ley y que no conoce de nada, que de su propio esclavo torturado por tal de no mentir y traicionarle. Hecho que debiera ser indicativo de la pésima situación de estas personas.

Esta situación de esclavitud no es sólo social, sino que también les afecta jurídicamente como podemos ver en el trabajo de Blánquez (1987), y en alguno de los ejemplos que cita. Algo que no afecta únicamente a que el dueño del esclavo pudiese castigarlo como considerase más oportuno, pudiendo incluso matarlo, aunque se supone que a partir de Adriano esto ya no es así, sino que, en los casos en los que los esclavos que han delinquido son puestos ante los magistrados también se da esta desigualdad. El más claro ejemplo es el de la mujer del decurión que envenena a su hijo cuando intentaba matar a su hijastro (X 2, 3). En un primer momento, debido a las falsas acusaciones de la mujer, se piensa que el culpable es el hermanastro del chico que ha muerto y se le condena a muerte por parricidio según la legislación vigente (Blánquez, 1987: 129). Pero, cuando se descubre la verdad dicha mujer es condenada a destierro, mientras que, por otra parte, su esclavo es condenado a morir en cruz pese a que su delito es el de ser cómplice del crimen de su dueña. Es esta diferenciación social, legal y jurídica la que hace que al esclavo (no libre) se le aplique una pena mayor que a su dueña, que ha sido la artífice del asesinato (Blánquez, 1987: 129, 130).

Respecto a los esclavos, mencionar por último que no aparece en ningún momento, en ninguno de los once libros ni una sola mención directa a la manumisión, aunque sí que aparece el liberto de Tiaso, pero en ningún momento se aclara o se

especifica cómo ha llegado a ser un liberto. Por lo que lo que se ve en la obra son los dos casos extremos en los que los esclavos intentan escapar de su condición y conseguir la libertad (López Barja, 2007: 312):

1. La huida. Ya sea para ingresar en una banda de bandoleros, o para intentar llegar a un lugar seguro en el que llevar una vida normal como los esclavos de Cáríte (López Barja, 2007: 312).

2. El suicidio. Es la primera reacción del esclavo cocinero para evitar la cólera de su dueño tras perder la pierna de ciervo, en ningún momento se le pasa por la cabeza otra opción (López Barja, 2007: 312).

Vistas algunas de las generalidades sobre las desigualdades sociales que podemos encontrar en *El Asno de oro* de Apuleyo cabría mencionar algunas particularidades como pueden ser los casos de violencia de los esclavos hacia los animales de carga, ya que aparecen en varias ocasiones y podría ser un reflejo de cómo se podrían desquitar estas personas de la violencia física y psíquica que viven a diario (hay esclavos que tienen unas mejores condiciones que otros), tanto particular de sus dueños, como institucional por la propia organización social de la Roma altoimperial. El primer caso que encontramos es el del propio esclavo de Lucio, pese a que apenas sí se le menciona en toda la obra y tiene un peso narrativo nulo en esta, Apuleyo dedica un pasaje a contarnos cómo, cuándo Lucio-asno intenta comerse las rosas que adornaban la imagen de la diosa Epona su esclavo, “*pero yo le voy a dejar a este sacrílego inválido y cojo>>; y, poniéndose a buscar sin pérdida de tiempo un arma... y entresacando un frondoso garrote, el más consistente, no paró de molerme a palos...*” (III 27, 6-7).

Esto podría parecer meramente anecdótico, pero contamos con más claros ejemplos, todas las calamidades que el joven esclavo encargado de la leña le hace pasar a Lucio-asno en el libro VII: “*venía a caer sobre mí tal lluvia de estacazos*” (VII 17, 3), “*lo que hacía era añadir piedras y de esta manera ponía remedio a la desigualdad de la carga*” (VII 17, 5), “*cogió unos espinos bien punzantes, mortíferos, de dardos venenosos, los retorció y con un nudo hizo con ellos un manojo y me ató aquel tormento a la cola...*” (VII 18, 4). Y así podríamos continuar con bastantes más ejemplos de esto mismo.

Pero la sociedad romana altoimperial no se dividía en ricos y poderosos pertenecientes a la élite y esclavos, también existían plebeyos, personas libres. Aunque Apuleyo muestra bastantes personas que debían de poseer esa condición de ser plebeyos libres (más o menos adinerados), la mayoría de ellos son campesinos y/o pobres. Aparecen algunas excepciones como el molinero (IX 10, 5) y su esposa (I 14, 2), el batanero (IX 22, 3) y su esposa (IX 23, 4), un pobre artesano (IX 5, 1) y su esposa (IX 5, 1), algunos miembros del ejército, la mesonera de Hípata (I 21, 2), algunos personajes cuya profesión no se dice, etc. Esto nos deja algunos ejemplos de las profesiones a las que se solían, o podían, dedicar estas personas libres, pero en una sociedad cuya base económica es en gran medida la agricultura y formada en su mayoría por campesinos, no es de extrañar que la mayoría de estos personajes se dediquen a esta actividad.

Por lo general podemos encontrar dos tipos de campesinos, colonos que tienen arrendadas tierras a un propietario rico, y campesinos que son propietarios de sus propias tierras. En el caso de los colonos que se encuentran con la caravana de los esclavos de Cáríte mientras huyen no se llega a especificar en ningún momento ni su situación social, ni económica (VIII 17, 1). Pero tenemos otro ejemplo de colonato, el del colono del rico que acoge en su casa a los sacerdotes de la diosa Siria, el cual envía como regalo una parte de una pieza de caza a su señor (VIII 31, 1). Esta vinculación tan estrecha con el señor de sus tierras, enviarle un trozo de una pieza de caza, no por obligación, si no como regalo, bien podría suponer que este colono se trata de un liberto del dicho señor, que, tras concederle la libertad, decide arrendarle parte de sus tierras como colono para seguir obteniendo beneficios de su trabajo.

En cambio, en los casos que aparecen de campesinos que sí son propietarios de sus tierras sí que se especifica su situación social y económica. Por un lado, tenemos el pobre propietario de tierras cuyo vecino rico y poderoso intenta arrebatarlas mediante un deslinde de los campos (IX 35, 2). Y por otro lado está el hortelano que compra a Lucio-asno que se hace cargo él sólo de su pequeño huerto en el que cultiva lo justo para sobrevivir, que no vivir, algo que podemos ver en estos fragmentos “*a causa de su extrema pobreza, no podía comprarse para sí, y mucho menos para mí, ni una manta ni un simple cobertor, sino que tenía que contentarse con vivir en una choza hecha de paja (...), tanto mi cena como la de mi propio dueño eran iguales y semejantes, pero, a decir verdad, bien escasas: unas rancias lechugas correosas y, por cierto, bien amargas...*” (IX 32, 3-4).

Pese a que no podemos conocer nada de la situación de los colonos, al menos a través de esta obra, sí podemos ver como los plebeyos que son propietarios de unas pocas tierras se encuentran en situaciones pésimas y que, además, se ven sometidos a los abusos de los poderosos que intentan arrebatarlas para ampliar su patrimonio.

Apuleyo tampoco nos deja mucha información de la vida en las ciudades de estas personas libres, pero nos cuenta un caso de extrema pobreza que ocurre en Platea en contraposición con la situación de Demócates, un hombre perteneciente a la élite social y extremadamente rico que estaba “*preparando unos juegos públicos que fueran dignos del esplendor de su fortuna*” (IV 13, 2). Lo que ocurre es que los osos que tenía preparados para los festejos mueren a causa de una enfermedad, y ante esta situación, la población de Platea aprovecha la situación para alimentarse de los osos muertos, “*el innoble populacho, al que el hambre salvaje, sin posibilidad de elegir su alimento, le obligaba a rebuscar, para llenar su estómago vacío, unas sórdidas vituallas complementarias y unos manjares gratuitos, acudía corriendo por todas partes a un banquete que yacía tendido por los suelos*” (IV 14, 3). Esto puede que sea el ejemplo más claro de lo que era la sociedad romana en la época altoimperial, una persona extremadamente rica en la ciudad, capaz de gastarse buena parte de su fortuna para costear semejantes festejos; y un grueso de la población extremadamente pobre que necesita alimentarse de lo que buenamente puede y sin hacer ascos a nada.

Una vez realizada la lectura de *El Asno de oro* queda claro que la sociedad romana de este periodo altoimperial era una sociedad profundamente patriarcal y “machista” como diríamos hoy en día. Y Apuleyo, en este caso, no es una excepción a esta realidad. Salvo contadas excepciones, son las mujeres las causantes de todos los problemas y todos los males que acontecen a los hombres de “bien” en la obra de Apuleyo. Ya se han visto algunos ejemplos, pero las referencias a esta idea son continuas y no cesan.

Ya en el libro I podemos encontrar a varias mujeres que casan perfectamente con esta idea, siendo la primera de ellas Meroe (I 7, 7), la bruja que es la culpable de que Sócrates acabe como un vagabundo, y posteriormente su hermana, Pantia (I 12, 4), que también es una bruja. No contentas con ser brujas, ambas se encargan de dar muerte a Sócrates. Continuamos con la mesonera de Hípata, una de esas pocas excepciones, aunque bien es cierto que su aparición en la obra es muy limitada, teniendo escaso peso,

ya que se limita a indicar a Lucio dónde vive Milón y a describirlo como un usurero. Y es cuando Lucio llega a la casa de éste cuando se nos presenta a uno de los personajes femeninos más importantes de la obra y que más aparece, llegando a tener varias menciones cuando ni siquiera se encuentra presente, Fótide, la esclava de Milón de la cual Lucio se queda prendado, o por lo menos la considera idónea para mantener relaciones sexuales mientras se encuentre en Hípata. El caso de Fótide es de los más llamativos, pues de entrada puede parecer una de esas excepciones, mantiene una estrecha relación de amante con Lucio, le ayuda en la medida de lo posible y cuando le causa algún problema es sin querer y por accidente. Pero, aunque sea por accidente, para Lucio es ella, y sólo ella, la culpable de que el acabe convertido en asno y por tanto, la causante de todos los problemas y aventuras que Lucio-asno va a vivir en adelante. Esta idea de Fótide como única responsable y culpable (ignorando completamente que es Lucio quien tanto ansía convertirse en un animal y le insiste) aparece varias veces, por ejemplo, en VII 14, 2 y en IX 15, 6.

Habrá que esperar hasta el libro II para que Apuleyo nos mencione más mujeres, es el caso de Birrena, una mujer muy rica y poderosa, perteneciente a la élite social de Hípata, así como de Salvia, la propia madre de Lucio, de la cual se dice que se casó con un personaje importante (II 3, 2), dejando entrever que el propio Lucio pertenece a estas élites. Además, es la otra excepción que aparece en la obra de forma activa, se podría añadir a la madre de Lucio, Salvia, pero su mención es meramente anecdótica y para indicar el parentesco y la relación entre Birrena y Salvia y, por tanto, también con Lucio. Este pudo ser el hecho que haga que esta mujer no encaje en ese personaje tipo femenino de Apuleyo, el hecho de que sea una mujer perteneciente a la élite, que, además, es pariente de la madre de Lucio.

Si bien, la esposa de Milón ya aparece en el libro I, sólo se menciona que se encuentra en la casa junto con Milón. Es en el libro II cuando Birrena, avisando a Lucio para que tenga cuidado, nos cuenta que esta mujer en realidad es una bruja (y otra vez aparece la mujer como bruja).

Y, por último, en el libro II tenemos a la viuda que contrata Telifrón para guardar el cadáver de su marido de las rapiñas de las brujas (nuevamente). Pese a que de entrada se nos presenta como una viuda profundamente dolida por la muerte de su marido y pasando el luto. Pero, poco después, de manos de un anciano (pariente del hombre que

había muerto) se nos cuenta la verdad, “... *ha sido ella, y nadie más que ella quien ha matado, suministrándole un veneno, a este joven... y ello para complacer a un amante y para entrar en posesión de la herencia*” (II 27, 5). Apuleyo tarda poco en mostrar los estereotipos de mujer que utiliza, en el libro I, la bruja, y en el libro II, la mujer infiel y/o asesina.

Pero estos dos primeros libros no sólo sirven para ver los estereotipos de mujer que utiliza Apuleyo, sino que también sirve para tener una imagen de mujeres de la época de distinta condición social. Podemos ver a Fótide, una esclava doméstica (una de las mejores situaciones, si no la mejor, que podían vivir los esclavos, ser esclavos domésticos); además aparecen mujeres libres que tienen bastante autonomía e independencia, tanto la mesonera de Hípata, como Meroe, regentan un negocio del mismo tipo, la única diferencia entre ambas es que una es una malvada bruja y la otra no; siguiendo en esta línea también vemos dos mujeres pertenecientes a la élite, Pánfila (la esposa de Milón) y Birrena, y nuevamente, una es una malvada bruja e infiel con su marido, mientras que la otra es una buena (y poderosa) mujer que se preocupa por Lucio. Además, podemos ver cómo las mujeres de la élite social romana tenían bastante libertad, pues es Birrena, y no su marido, quien envía una suculenta (y cara) cena a Lucio como regalo (II 11, 1) y quien organiza una cena para la, como se dice en esta edición, flor y nata de la ciudad (II 8, 1).

Por otro lado, en el libro IV aparece un personaje femenino bastante curioso, la vieja que vive y cuida de los bandoleros. De esta mujer sabemos nada más allá de que vive con los bandoleros y se encarga de las tareas del hogar, pero no llegamos a saber nada de su origen ni de cómo ha acabado en esa situación de vivir en una cueva con una banda de bandoleros.

Es también en esta parte cuando aparece Cárite, la joven perteneciente a la élite que es secuestrada por los bandoleros. Lucio-asno no parece sorprenderse en lo más mínimo de que los bandoleros secuestren a la chica, por lo que podemos aventurar que esto era algo que en su tiempo ocurría, puede que no con frecuencia, pero sí ocasionalmente. Pero, este personaje no se queda aquí, evoluciona por culpa del asesinato de su esposo Tlepólemo a manos del que consideraba un amigo, Trasilo. Cuando la joven descubre este hecho se venga y se suicida junto a la tumba de Tlepólemo. Cárite tampoco llega a encajar en estos estereotipos de Apuleyo, ya que lo

que hace es vengar un crimen (el asesinato de su marido) pero, en este caso Apuleyo utiliza otro recurso para hablar de ella, *“exhaló su espíritu varonil”* (VIII 14, 3). Apuleyo nos dice que esta joven tiene un espíritu varonil y no el de una refinada dama como se supondría, pues es capaz de vengar la muerte de su marido engañando y dejando ciego al culpable y posteriormente suicidándose, pero hay que tener en cuenta que Apuleyo utiliza esta equiparación con los hombres cuando considera que la mujer no ha cometido crimen alguno, o dicho crimen está justificado, como es en este caso, en los demás casos en los que una mujer es capaz de planear y ejecutar un plan semejante o de asesinar a alguien no se habla en ningún momento de ese “espíritu varonil”, únicamente cuando no es un crimen o este está justificado.

La siguiente, y única, mujer que aparece que es digna de ese “espíritu varonil” es Plotina, la esposa de un oficial del César que es acusado falsamente de traición y condenado al exilio. Esta mujer se nos presenta como *“... mujer de extraordinaria lealtad y singular recato, que había cimentado la familia de nuestro personaje con la contribución de diez partos, desdeñando y despreciando los goces y lujos de la ciudad, acompañó al destierro a su marido, asociándose a su infortunio...”* (VII 6, 3); además, se dice de ella que *“partícipe de todos los peligros y atendiendo a la vida de su marido con un cuidado siempre vigilante, aquella mujer sufría las calamidades continuas con un espíritu verdaderamente varonil...”* (VII 6, 4). Plotina es un ejemplo perfecto del prototipo ideal de mujer que podía tener un hombre romano de época altoimperial, una mujer recatada y leal, que ha tenido gran cantidad de hijos para asegurar la continuidad del linaje de su marido (que no el suyo) y que decide abandonar cualquier tipo de lujo y comodidad para poder atender y cuidar a su marido mientras ambos sufren grandes penalidades.

Es en este punto cuando terminan estas excepciones y Apuleyo pasa a hablar únicamente de mujeres malvadas, infieles, asesinas, brujas, etc. Siendo la primera de ellas la mujer del mayoral a quien Cáríte entrega a Lucio-asno, y no sólo por colocar a Lucio-asno a trabajar en una rueda de molino pese a que se había dicho que formase parte de la yeguada. De la mujer del mayoral Apuleyo nos dice que era *“avara y malvada hasta dejarlo de sobra”* (VII 15, 3) y que *“en pago de tan grandes penalidades (trabajar en la rueda) ni siquiera me pagaba la ración estipulada”* (VII 15, 4). Aunque ya se nos está hablando de una mujer malvada y avara, este nivel de maldad y avaricia no tiene nada que ver con lo que Apuleyo tiene preparado más adelante.

Continuamos con la historia que escucha Lucio-asno de, como él mismo dice, “*un adulterio padecido por un pobre hombre*” (IX 4, 4). Y es que la esposa de un artesano pobre era “*bien famosa por su lascivia desenfrenada*” (IX 5, 1) y mientras se encuentra con su amante su marido regresa y Lucio-asno nos dice “*la astuta mujer, consumada maestra en desvergüenzas de este tipo*” (IX 5, 4) y “*lo recibe de malos modales gritándole...*” (IX 5, 5). Un claro ejemplo de lo comentado anteriormente, una mujer infiel que está más que acostumbrada a engañar a su pobre marido que regresaba a la casa para vender una tinaja y así sacar algún dinero extra para la familia. Pero la “maldad” de la mujer continúa, y recriminándole a su marido que no se encuentre trabajando hace ver que ella sí lo estaba haciendo, en lo que podemos considerar las actividades ideales para que una mujer romana realice en su casa mientras no atiende a su marido, además de criar hijos (Beard, 2016: 324-325; Pejenaute, 1998: 319) “*... ando todo el día y toda la noche moliéndome los dedos hilando la lana para que, al menos, un candil pueda iluminar un cuartucho*” (IX 5, 5).

En el libro IX además de esta historia tenemos varias muestras de este arquetipo de mujer que utiliza Apuleyo, pues del molinero que compra a Lucio-asno se dice “(*un buen hombre por lo demás y la mar de sencillo*)” (IX 14, 2), mientras que de su esposa se dice “*la más malvada de, y con mucho, de todas las mujeres y sufría las más extremas penalidades en toda relación con su lecho como con su hogar, hasta el punto de que muchas veces yo mismo, en silencio, gemía pensando en su suerte*” (IX 14, 2), o “*ni un vicio siquiera le faltaba a aquella perversa mujer sino que todas las desvergüenzas se habían dado cita en su alma como una nauseabunda cloaca*” (IX 14, 3), “*cruel y siniestra, depravada y borracha, tozuda y terca; en sus vergonzosas rapiñas, avara; en sus desvergonzados gustos, derrochadora, enemiga de la fidelidad y el recato*” (IX 14, 4-5). Dicha mujer tenía todos estos problemas (y ni siquiera es la peor que aparece en *El Asno de Oro*), pero de aquí podemos sacar la visión contraria, nuevamente el ideal de mujer para un romano como Apuleyo no tenía ya que ser solamente fiel a su marido, sino que tendría que ser simpática y amable, recatada con la bebida, generosa, pero no con sus gustos que no debería ser derrochadores, etc. Por lo tanto, la mujer del molinero se nos muestra justo lo contrario de la imagen idealizada de cómo debería ser una mujer romana (Beard, 2016: 324-325).

Pero la esposa del molinero no está sola, si no que cuenta con una amiga que es

igual de “mala mujer” y hace las veces de alcahueta, “*Una vieja, mediadora de su libertinaje y cómplice de sus amantes... mientras la una a la otra se iban sirviendo recíprocamente vasos de vino puro, urdía, sirviéndose del engaño y del fraude, farsas fraudulentas para llevar a la perdición a su marido*” (IX, 15, 4-6). La cosa no se queda aquí, sino que esta mujer le cuenta a la esposa del molinero la historia de Arete, quien, mientras su marido Bárbaro se encuentra de viaje acaba aceptando el oro que Filesítero le ofrece (a través del esclavo de ella, Myrmex) para mantener relaciones con él: “*La mujer no desmiente la liviandad propia de su sexo, sino que al instante inmola su pudor en aras del execrable metal*” (IX 19, 3). Aquí no es ya sólo que se hable de una mujer siendo infiel a su marido, sino que se generaliza que esto, dicha liviandad, es propia del sexo femenino. Se podría decir que Apuleyo sostiene que una buena mujer es aquella que lucha contra “su propia naturaleza” y se mantiene fiel a su marido.

Para más inri, todavía quedan más mujeres por aparecer en este fragmento de la historia, la esposa del batanero (IX 23, 4) amigo del molinero que es descubierta siéndole infiel al batanero por ambos. Y la siguiente es la mujer a la que acude, para vengarse, la propia esposa del molinero tras ser descubierta siéndole infiel y haber sido repudiada. Primero, se nos cuenta que la mujer del molinero “*vuelve a las andadas y se excita con las artimañas propias de las mujeres*” (IX 29, 1) cuando acude a dicha mujer, que resulta ser una vieja bruja a quien le pide “*que una de dos, o que su marido, dejando a un lado su irritación, haga de nuevo las paces con ella o, ... que, al menos, introduzca en la casa un fantasma o alguna divinidad infernal que le inflija al marido una muerte violenta*” (IX 29, 3), que si su marido no le perdona el haberle sido infiel, se merece una muerte violenta, es una forma bastante cruel de pensar y de actuar, digna, según Apuleyo, de una mujer y su naturaleza.

Sólo en este fragmento de la historia del libro IX, en el que Lucio-asno se encuentra con el molinero, aparecen tres mujeres que le son infieles a sus respectivos maridos, otra que hace de alcahueta para ayudar a una a encontrar amantes propicios y una última que resulta ser una vieja bruja sin prejuicios ni remordimientos, capaz de matar a alguien sólo porque se lo han rogado y la han cubierto de regalos (IX 29, 2-3).

A continuación, ya en el libro X, nos encontramos con una mujer que “*más sobresaliente en casa del marido por su belleza que por sus buenas costumbres, impulsada al último grado del deshonor bien sea por su natural desvergonzado o por el*

mismo destino, puso sus ojos en el hijastro” (X 2, 3). Pero esta mujer, al ser rechazada por su hijastro planea su muerte, envenenando por error a su propio hijo en lugar de a su hijastro, y muy lejos de sentirse arrepentida y dolida por haber matado a su hijo lo que hace es culpar al hijastro de todo, intentando que lo condenen a muerte, como se puede ver en el siguiente fragmento: *“Pero aquella terrible mujer, ejemplar único de maldad entre las madrastras, no conmoviéndose ni ante la prematura muerte de su propio hijo, ni ante el remordimiento de parricidio... quiso sacar provecho de la tragedia familiar en aras de su propia venganza... acusa al hijastro de haber envenenado a su propio hijo”* (X 5, 3). Difícilmente se puede justificar de algún modo la forma de actuar de esta mujer, pero nuevamente, la culpable de todo, la maldad personificada, asesina y vengativa, que sólo quiere su propio beneficio, es una mujer.

Aunque en este último caso, al igual que en el de Arete, la mujer se sirve de la ayuda de un esclavo parte de su dote para llevar a cabo su plan. Al contrario que en el caso de Myrmex, que no se nos muestra como una persona malvada, sólo una persona que se deja corromper por el poder del dinero y la avaricia, este esclavo sí que se nos muestra como *“la maldad personificada y totalmente entregado a todo tipo de crímenes”* (X 4, 5). Aunque ambos esclavos no son culpables directamente de nada, sí son cómplices y ayudan a su dueña, la única diferencia (teniendo en cuenta la diferente gravedad entre una infidelidad y un asesinato) es que Myrmex es el esclavo de Bárbaro y se le ordena vigilar a Arete, mientras que, en este caso, este esclavo, la maldad personificada, pertenece a la mujer que comete el crimen, es un esclavo de su dote.

En este libro X también aparecen las dos últimas mujeres cuya importancia va más allá de una simple mención como pueden ser las sacerdotisas del libro XI. La primera de ellas es una rica y distinguida matrona que, por algún motivo, se queda prendada de Lucio-asno y acaba pagándole al liberto de Tiaso encargado de Lucio-asno para poder mantener relaciones sexuales. Es otro de los pocos casos en los que una mujer no es ni infiel, ni una malvada asesina, ni una bruja. En este caso “sólo” se trata de una mujer zoofílica (X 19,3).

Y, por último, la que se podría considerar una de las peores de todas las mujeres que aparecen en la obra de Apuleyo según el propio Lucio-asno dice *“una mujer despreciable, condenada por el gobernador a ser arrojada a las fieras”* (X 23, 2). Dicha mujer, a causa de los celos, acaba matando a otra mujer que en realidad era la

hermana de su marido y no una amante, *“clavándole un tizón encendido entre los muslos, le dio la más cruel de las muertes”* (X 24, 5). Posteriormente compra un veneno para matar a su marido, veneno que utiliza también para matar al perverso médico al que le compra el veneno. Y es aquí donde aparece la esposa de dicho médico, quien en lugar de denunciar a la malvada mujer le exige que le pague por el doble asesinato que acababa de cometer, la esposa del médico no es malvada, pero sólo le interesa cobrar la recompensa que le toca por los asesinatos cometidos. Pero esta mujer llega a otro nivel de maldad y acepta pagarle a la esposa del médico a cambio de más veneno, veneno que utiliza para envenenar en una misma comida a la esposa del médico y a su propia hija pues *“no pudiendo soportar con resignación el que, de acuerdo con las leyes, la herencia del padre pasara a manos de la niña de corta edad, y dado que suspiraba por todo el patrimonio perteneciente a la hija, decide atentarse contra su vida”* (X 28, 1).

Anteriormente teníamos a una mujer que mata por accidente a su hijo y culpa a su hijastro, pero en este caso tenemos a una mujer que mata a otra por celos infundados, que mata a su propio marido, al médico que le vende el veneno y a la esposa de este para que no queden testigos, y hasta a su propia hija, no por accidente, si no por querer la herencia de su marido que, de otra forma, con la niña viva, habría pasado a ella. Para terminar con la funesta historia de una mujer tan malvada Lucio-asno nos cuenta como el gobernador tortura a los esclavos de cámara de la mujer para descubrir la verdad (X 28, 5), nuevamente encontramos que los esclavos conocen los hechos y por tanto son cómplices, pero ellos no han cometido el delito. Lucio-asno también nos dice que *“En cuanto a ella, sentenció (el gobernador) que al menos fuera arrojada a las fieras, no porque no mereciese mayor castigo, sino porque no podía encontrarse otro tormento que fuera más apropiado”* (X 28, 5).

Además, en el capítulo X, 23 nos encontramos un claro ejemplo de la naturaleza patriarcal de la sociedad romana, pues el padre tiene derecho a decidir sobre la vida de sus hijos y ordena a su mujer que en caso de dar a luz a una niña le diese muerte, *“estando como estaba embarazada en el momento de emprender aquél el viaje, si al llegar la hora de dar a luz nacía una niña, sin pérdida de tiempo diera muerte a la recién nacida”* (X 23, 3-4). Este fragmento nos deja una clara muestra de infanticidio, del cual Apuleyo ni se extraña ni parece verse afectado en absoluto, trata el tema como si fuese algo normal y corriente. Pero, además, como se puede apreciar, el marido sólo ordena a su esposa que, de muerte al recién nacido en caso de ser una niña, mostrando,

aún más si cabe, ese carácter patriarcal de la sociedad romana del momento, puesto que es el padre quien tiene derecho a decidir sobre la vida de sus hijos (pero no la madre) y sólo ordena cometer infanticidio en caso de tratarse de una niña. La madre, al no querer matar a su propia hija recién nacida y entregársela a unos vecinos para que la cuidasen, como se dice en la obra “*pero ella, (...), llevada de la compasión propia de todas las madres, desoyendo la orden del esposo, (...), al volver el marido a casa, le hizo saber que había nacido una niña y que le había dado muerte*” (X 23, 4-5). La madre no obedece las órdenes de su esposo, como tendría que haber hecho pese a que esto suponga matar a tu propia hija recién nacida, y, además, miente al marido para no comunicarle que no ha sido capaz de “obedecer” sus órdenes.

Como vemos, salvo muy contadas excepciones, la visión de Apuleyo sobre las mujeres que aparece en *El Asno de oro* es pésima y profundamente patriarcal. La mayoría de los crímenes que se relatan en la obra, así como los peores de todos, son obra de una mujer infiel, bruja o malvada asesina. Si bien, también es cierto, que en ocasiones son mujeres las causantes de los males de los hombres por accidente, no era su intención causar problemas, en la mayoría de los casos esto sucede de forma completamente intencional. Y, por último, las pocas excepciones que aparecen o son mujeres que apenas si se las menciona, con escasa o nula importancia en la obra, o son parientes de Lucio, o tienen un “espíritu varonil”; incluso se nos habla de que todo esto es propio de la naturaleza del sexo femenino.

5. Conclusiones.

Por un lado, Apuleyo critica a las élites locales, a parte de ellas, por la actitud que tienen muchas de esas para con sus ciudades, ocultando su riqueza para así no tener que ejercer ninguna magistratura, pues esto significaba tener que hacer un desembolso de dinero. Pero Apuleyo critica al rico banquero Crísero por hacer esto, ocultar sus riquezas para evitar dichos cargos, en cambio no se muestra tan crítico con Milón, quien tiene una actitud bastante parecida a la de Crísero y también oculta sus riquezas y vive de una manera “humilde”, pero Milón es quien da alojamiento a Lucio en Hípatá y en ningún momento se menciona si evita ese tipo de magistraturas.

En este caso Apuleyo lo que hace no es una crítica social, ni mucho menos a la desigualdad, es una crítica a un caso concreto (que se debía dar bastante) en el que los

ricos incumplían la ley y de esta forma perjudicaban a su ciudad. Lo que está criticando aquí Apuleyo es el hecho de perjudicar a la ciudad en sí misma, como un ente propio y la falta de actuación de las autoridades para evitar que ocurran estos casos y hacer cumplir la ley.

Siguiendo en esta línea tenemos el caso del rico perteneciente a una buena familia que quiere hacerse con las tierras de su vecino pobre. Y, nuevamente, Apuleyo lo que hace es realizar una crítica a su falta de escrúpulos a la hora de incumplir las leyes vigentes y como las autoridades no actúan de ninguna manera para evitarlo. De hecho, en boca de uno de los tres hermanos asesinados en estos hechos Apuleyo nos dice: “... *los pobres, amparados por la liberal protección de las leyes, acostumbraban a tomarse venganza de la insolencia de los ricos*” (IX 36, 2). El problema no es que exista una ingente mayoría de población pobre y unos pocos ricos, tampoco que estos ricos se aprovechen de los pobres. El problema es que cuando estos ricos se aprovechan de los pobres no se hacen cumplir las leyes que los protegen.

Apuleyo, de nuevo, no critica la situación de desigualdad de su sociedad, sino el incumplimiento de las leyes. Pero, como hemos podido ver, esto tampoco lo hace siempre. Pues cuando el hortelano y el amigo que lo esconde son detenidos Apuleyo se muestra indiferente a pesar de que sabe perfectamente que la acusación de ladrón al hortelano es falsa. Pero en este caso las autoridades sí que intervienen y, además, lo hacen siguiendo al pie de la letra el procedimiento preestablecido según la ley, así que no hay nada que reprochar.

Otro ejemplo de esto es la huida de los esclavos de Cáríte. Pese a la clara ilegalidad de que estos esclavos huyeran, y es que, además, poco antes se nos cuenta, a través de la vieja que cuenta la historia de Psique, cómo se debía actuar en estos casos para detener y castigar a los esclavos huidos, en este caso, Apuleyo no hace siquiera mención de la legalidad de esta huida. Pero, esto no se debe al hecho de que sean esclavos buscando una situación y condiciones de vida mejores, se debe a que este acto beneficia al propio Lucio-asno que se libra de ser castrado por esto. En este caso un acto, claramente, ilegal, beneficia al protagonista y se omite por completo la legalidad de este.

Que Apuleyo no critique la ilegalidad de esta huida por el hecho de que sean

esclavos buscando una mejor situación de vida y así acabar con su desigualdad social queda bastante de manifiesto cuando nos cuenta la historia del *villicum* que le había sido infiel a su esposa con una mujer libre. Y es que en este caso se nos cuenta como es el propio dueño del esclavo el que condena y castiga con la muerte al esclavo, pese a que como se ha visto en el apartado anterior, en tiempos de Apuleyo esto suponía una infracción de las leyes vigentes.

Como vemos, en este caso se nos está contando otro acto ilegal que, a diferencia de los anteriores, no es criticado, ¿qué ocurre? ¿cuál es la diferencia? La diferencia reside en que en este caso la infracción la comete una persona que debía tener un estatus social elevado y considerables riquezas (pues es el propietario de la *villa*), pero esa infracción no la comete con su ciudad, o con una persona libre, por muy pobre que fuese el amigo de los tres hermanos seguía siendo un ciudadano libre, sino que en este caso esa infracción, ese acto ilegal se comete contra un esclavo. Esa es la diferencia que hay con los casos anteriormente mencionados y que deja de manifiesto que lo que Apuleyo hace en *El Asno de Oro* no son críticas sociales ni a las desigualdades, simplemente muestra la sociedad romana tal como él la percibía y critica los aspectos de ella que no le gustan.

Si bien es cierto que los casos en los que los esclavos aparecen cometiendo delitos son bastantes escasos y, que, en su mayoría, cometen esos delitos siguiendo órdenes de sus dueños (mujeres en su mayoría), Apuleyo se muestra como un hombre de su época con respecto a ellos. El propio esclavo de Lucio, que lo había acompañado durante todo el viaje, tarda mucho en aparecer mencionado, y cuando por fin lo hace, ni siquiera es de forma directa. Pero este mismo esclavo de Lucio es torturado para que confesase los crímenes (falsos) de su dueño y no revela nada. Lucio, al enterarse de esto no dice nada, ni tiene una ligera muestra de compasión con su esclavo torturado, ni alaba el hecho de que no lo traicione. Un esclavo es un esclavo y está sujeto a leyes distintas, esto es así y nada se puede hacer al respecto. Y el buen esclavo debe preferir la tortura, e incluso la muerte, a traicionar a su amo.

Se podrían mencionar más casos similares, pero ya se han visto en el apartado anterior. Lo que queda claro de todo esto es que Apuleyo sí que refleja en su obra casi todas las clases sociales que existían en la Roma del momento y las desigualdades sociales que había entre ellas. Pero esto se debe a que la sociedad romana era así, una

sociedad muy elitista y con una estructura social muy diferenciada y Apuleyo lo que hace es mostrar esa sociedad, el hecho de que aparezcan estas desigualdades se debe a que, en efecto, esas desigualdades existían y eran el pan de cada día. Pero, Apuleyo las da por supuestas, como algo que es así porque debe ser así y que no se puede cambiar, al igual que las leyes son las leyes y se han de cumplir, da igual si son justas o injustas, al igual que el emperador es la figura que está por encima de todo y no se cuestiona.

Apuleyo se muestra muy crítico con ciertas prácticas y situaciones que van contra la ley, pero no con todas. Critica al rico que intenta robar tierras al pobre, pero no al rico que mata (saltándose la ley) al esclavo. Entonces, ¿existe realmente alguna diferencia entre Apuleyo y esa otra persona que no hace nada o no crítica al primero de los ricos mencionados? Realmente no, Apuleyo, a través de Lucio y Lucio-asno, intenta presentarse como una figura de moral intachable que cree que la ley se ha de cumplir, en cualquier caso, pero esto resulta no ser así, se limita a ignorar las prácticas que, a él, personalmente, le parecen peores. Pero otras, que resultan ser igualmente ilegales, o incluso más, las ignora por completo.

Una vez visto esto, merece la pena hacer una mención a la visión que Apuleyo tiene, y que nos muestra a través de los personajes de la obra, de las mujeres. Las mujeres se muestran continuamente como las causantes de los males y los problemas de los hombres, una idea que aparece desde el principio de la obra con Meroe y que casa directamente con el mito griego de la Caja de Pandora, algo que no es de extrañar pues Apuleyo estudia y viaja por Grecia y la obra está cargada a referencias a mitos griegos y personajes de esta mitología, por lo que cabría esperar que Apuleyo conozca el mito de Pandora. Pese a que hay continuas menciones a la mitología griega y comparaciones entre hechos de la obra con hechos de esta mitología, en ningún momento se menciona directamente el mito de Pandora artífice de abrir la “caja” que contenía todos los males de la humanidad y causar todos los problemas de ésta, una mujer que es la causante de las enfermedades, hambrunas...

Por otro lado, hay que tener en cuenta que Apuleyo es un filósofo platónico, pues para Platón las mujeres son una porción del género humano opuesta a la forma masculina (Sissa, 2010: 103). Platón asigna un lugar útil y controlable a las mujeres a través de la ciudad ideal a partir del desprecio a los talentos y virtudes que tradicionalmente se asignaban a las mujeres (cocina, tejido...). Pues las mujeres son,

según la antropogonía del Timeo esos seres que deben su advenimiento a la cobardía de algunos de los primeros hombres, por lo que son la encarnación de la pusilanimidad humana (Sissa, 2010: 129-130).

Y cuando Platón se preocupa por las mujeres y su modo de vida, las mujeres no representan un fin y las reglas que formula a su respecto no tienen como objetivo su beneficio o interés. El fin siempre es cívico y colectivo, pareciendo las mujeres suponer un obstáculo estructural. Por lo que, para Platón, las mujeres son el peso muerto que hay que superar, debido a su naturaleza propia, para llegar a esa ciudad ideal. Las mujeres son, por naturaleza, charlatanas y gustan del secreto, por lo que son molestas y peligrosas para la homogeneidad del cuerpo social y hay que poner en práctica una utilidad social contra la naturaleza de las mujeres (Sissa, 2010: 131).

Como se ha podido ver en el apartado anterior, Apuleyo, describe una gran cantidad de situaciones en las que se muestran claramente las desigualdades sociales existentes en la Roma del siglo II d.C. pero, únicamente hace eso, mostrarlas. En ningún caso, o mejor dicho en casi ningún caso, se preocupa de si esas situaciones representan una desigualdad y una injusticia para los grupos sociales más desfavorecidos. Tampoco propone soluciones ni formas de acabar con esas desigualdades, o al menos, intentarlo, ni siquiera en los casos en los que sí que lleva a cabo una crítica. Y estas situaciones, en las que Apuleyo sí que realiza una crítica son una minoría consistente en los casos en los que se incumple la ley, pero no en todos, pues dependiendo de quién sea el infractor, con quién se realice la infracción y cómo va a afectar ésta a Lucio/Lucio-asno, Apuleyo se muestra crítico o no dice nada al respecto.

6. Fuentes y Bibliografía.

6.1. Fuentes Clásicas:

APULEYO, *El Asno de Oro*, Madrid: Akal/Clásica, 1998 (Edición: Francisco Pejenaute Rubio).

6.2. Bibliografía:

ALFÖLDY, G. (2012): *Nueva Historia Social de Roma*, Universidad de Sevilla, Sevilla.

ANTOLINOS MARÍN, J., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., OREJAS SACO DEL VALLE, A., RICO, C (2017): “Las minas del Sureste peninsular y de Sierra Morena en el cambio de era”, *Gerión* 35, pp 875-894.

BEARD, M. (2016): *SPQR Una historia de la antigua Roma*, CRÍTICA, Barcelona.

BLÁNQUEZ PEREZ, C. (1987): “Desigualdades sociales y praxis jurídica en Apuleyo”, *Gerión* 35, pp 119-131.

HIDALGO DE LA VEGA, M. J. (1986): *Sociedad e ideología en el Imperio Romano: Apuleyo de Madaura*, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 9-10.

HIDALGO DE LA VEGA, M. J. (1999): “Conflictividad social y control religioso en el campesinado del mundo del Asno de Oro”, *Arys: Antigüedad: religiones y sociedades* 2, pp. 163-182.

LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. M. (2007): “Violencia servil en las Metamorfosis de Apuleyo”, *Studia historica. Historia Antigua* 25, pp. 305-313.

LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. M. (2012): “Manumisión y control de esclavos en la Antigua Roma”, *Circe de clásicos y modernos* 16,2, pp. 57-71.

MALAVÉ OSUNA, M^a. B. (2005): “El consentimiento de la mujer en los esponsales: de Juliano a Ulpiano”, en ALFARO BECH, V., CALERO SECALL, I. (Coords.), *Las hijas de Pandora: Historia, tradición y simbología. Atenea. Estudios sobre la mujer*, Servicio de publicaciones Universidad de Málaga, pp. 277-292.

MARINA SÁEX, R. M., (2010): “Violencia femenina y poder masculino en la elegía amorosa latina: el caso de la Cintia de Propercio”, en DOMÍNGUEZ ARRANZ, A. (Ed.), *Mujeres en la Antigüedad Clásica: género, poder y conflicto*, Ediciones Sílex, Madrid, pp. 211-225.

PÉREZ BENITO, E. (2005): “Personajes femeninos en la novela griega. Las *efesiacas* de Jenofonte de Éfeso”, en ALFARO BECH, V., CALERO SECALL, I. (Coords.), *Las*

hijas de Pandora: Historia, tradición y simbología. Atenea. Estudios sobre la mujer, Servicio de publicaciones Universidad de Málaga, pp. 135-153.

ROUSSELLE, A. (2010): “La política de los cuerpos: entre procreación y continencia en Roma”, en PANTEL, P. S. (Dir.), *Historia de las Mujeres. Tomo 1. La Antigüedad*, Taurus, Madrid, pp. 389-393.

SISSA, G. (2010): “Filosofías del Género: Platón, Aristóteles y la diferencia sexual”, en PANTEL, P. S. (Dir.), *Historia de las Mujeres. Tomo 1. La Antigüedad*, Taurus, Madrid, pp. 89-135.

THOMAS, Y. (2010): “La división de los sexos en el derecho romano”, en PANTEL, P. S. (Direc.), *Historia de las Mujeres. Tomo 1. La Antigüedad*, Taurus, Madrid, pp. 136-206.

7. Anexos.

NOMBRE	CONDICIÓN SOCIAL	MENCIONES
Lucio, protagonista*	Élite social	I 20,3; VII 1,5; IX 13,3; XI 13,6
Lucio-asno*	Animal	III 26, 1
Milón	Élite social	I 21, 3; 21, 5; 22, 6; 26, 2; II 3, 5; 6, 6; 13, 1; III 10, 3; VII 1, 3
Demeas	Probablemente élite social	I 21, 8; 22, 4; 22, 5
Esposa de Milón, Pánfila	Élite social	I 22, 7; 23, 1; II 5, 3; 11, 5; III 21, 4
Birrena	Élite social	II 2, 3; 5, 1; 11, 1; 18, 1; 19, 5; 20, 6; 31, 2
Marido de Birrena	Élite social	II 2, 5
Salvia	Élite social	II 2, 8
Jóven que se acerca a Diófanes	Élite social	II 13, 4
Banda de jóvenes	Élite social	II 18, 3; 32, 2; III 9, 8
Telifrón	Libre/élite social	II 20, 8; 30, 9
Magistrados de Hípata	Élite social	III 11, 1
Crísero	Élite social	IV 9, 5; 10, 3
Demócares	Élite social	IV 13, 2; 16, 2; 17, 4
Nicanor	Élite social	IV 16, 1
Cárite	Élite social	IV 23, 3; 24, 4; VI 25, 1; 27, 5; VII 10, 2; 11, 3; VIII 9, 1
Tlepólemo	Élite social	IV 26, 3; VII 5, 4; 9, 2; 11, 2; VIII 8, 6
Trasilo	Élite social	VIII 1, 5; 5, 2; 9, 4; 14, 4
Oficial del César	Élite social	VII 6, 2
Plotina, esposa del oficial	Élite social	VII 6, 3
Dueño de los esclavos y la villa	Élite social	VIII 22, 5
Ciudadano rico y religioso, da alojamiento a la diosa y sacerdotes	Élite social	VIII 30, 5; IX 1, 2; 1, 3
Poderoso vecino	Élite social	IX 35, 3; 36, 1; 36, 4; 37, 5; 38, 5
Senadores	Élite social	X 7,1; 12, 1
Abogados defensores	Élite social	X 7, 2
Jueces	Élite social	X 8, 2
Señor de los hermanos (Tiaso)	Élite	X 13, 4; 16, 1; 16, 7; 17, 1; 17, 6; 18, 1; 22, 2; 23, 1
Gobernador	Élite social	X 28, 3; 28, 5
Allegados de Lucio	Élite social / Libres	XI 18, 2

Familia de Lucio	Élite social	XI 18, 2
Marcelo Asinio	Élite social / Libre	XI 27, 4; 27, 5; 27, 7
Aristómenes, comerciante	Libre	I 5, 3; 6, 4; ,1; 11, 1; 14, 6; 19, 12; II 1, 2
Lupo, comerciante al por mayor	Libre adinerado	I 5, 5
Sócrates, vagabundo antiguo amigo de Aristómenes	Libre, acaba como vagabundo	I 6, 1; 8, 1; 11, 4; 17, 2; 19, 11
Meroe, bruja dueña de un albergue	Libre	I 7, 7; 8, 2; 10, 6; 12, 4; 15, 6
Pantia	Libre	I 12, 4
Compañero de viaje de Aristómenes	Libre	I 20, 1
Mesonera de Hípata	Libre	I 21, 2
Pitias	Libre	I 24, 5
Clitio	Libre	I 24, 7
Pescadero de Hípata	Libre	I 24, 9; 25, 2
Diófanes, caldeo de Corintio	Libre	II 12, 3
Cerdón	Libre	II 13, 3
Arignoto	Libre	II 14, 3
Pregonero anciano	Libre	II 21, 4; 22, 3
Viuda	Libre	II 23, 5; 26, 3; 29, 3; 30, 1
Filodéspoto,	Libre	II 26, 3
Anciano, sale al encuentro de la comitiva fúnebre	Libre	II 27, 3
Zatclas	Libre	II 28, 1
Hombre al que resucitan	Era libre	II 29, 3; 30, 1
Acusador	Libre	III 3, 3
Barbero Hípata	Libre	III 16, 5
Aldeanos, amigos de los bandoleros	Libres	IV 1, 1
Joven hortelano, al que Lucio-asno le devasta el huerto	Libre	IV 3, 2
Esposa del hortelano	Libre	IV 3, 5
Anciana, los bandoleros quieren robarle	Libre	IV 12, 2
Colonos de una granja	Libres	VIII 17, 1; 17, 4
Uno de los colonos	Libre	VIII 18, 4
Mujer de la que se enamora el esclavo	Libre	VIII 22, 2
Pregonero de Beroia,	Libre	VIII 23, 3; 23, 5; 24, 3; 25, 1
Filebo, sacerdote de Siria, “invertido” que compra a Lucio-asno	Libre	VIII 24, 2; 25, 3; IX 10, 5

Resto de sacerdotes del grupo de Filebo	Libres	VIII 26, 2
Todos los sacerdotes	Libres	VIII 27, 1; 29, 1; 29, 6; 30, 1; IX 1, 2; 2, 6; 3, 1; 8, 1; 9, 4; 10, 2
Sacerdote, comienza a golpearse	Libre	VIII 27, 6
Jóvenes de una aldea cercana, descubren a los sacerdotes con el labriego	Libres	VIII 29, 6
Colono del rico religioso	Libre / Liberto	VIII 31, 1
Uno de los sacerdotes	Libre	IX 3, 3
Artesano pobre	Libre	IX 5, 1; 5, 2; 6, 1; 7, 3
Esposa del artesano	Libre	IX 5, 1; 5, 4; 6, 4; 7, 6
Amante de la esposa del artesano	Libre	IX 5, 2; 5, 4; 7, 1; 7, 5
Dafne, vecina suya	Libre	IX 5, 6
Pelotón de gente armada	Probablemente libres	IX 9, 3
Otro pregonero	Libre	IX 10, 4
Molinero de un fortín, compra a Lucio-asno	Libre	IX 10, 5; 11, 2; 14, 2; 22, 3; 23, 1; 23, 4; 24, 2; 25, 3; 25, 5; 26, 3; 27, 3; 28, 1; 28, 2; 28, 4; 29, 4; 30, 7; 31, 1
Esposa del molinero, segunda esposa	Libre	IX 14, 2; 15, 1; 17, 2; 22, 1; 22, 3; 23, 2; 26, 1; 26, 3; 28, 1; 29, 1
Joven amante de la esposa del molinero	Libre	IX 15, 3; 22, 1; 22, 3; 22, 5; 23, 2; 27, 2; 28, 1; 28, 2; 28, 4
Amiga de la esposa del molinero, alcahueta	Libre	IX 15, 4; 16, 1; 22, 2; 22, 5
Filesítero	Libre	IX 16, 1; 17, 2; 18, 1; 20, 1; 20, 4; 21, 4
Bárbaro, decurión	Libre	IX 17, 1; 17, 3; 20, 2; 20, 4; 21, 1; 21, 3; 21, 7
Arete, esposa de Bárbaro	Libre	IX 17, 1; 17, 2; 17, 5; 19, 3; 20, 1
Batanero vecino del molinero	Libre	IX 22, 4; 24, 2; 25, 1; 25, 5
Esposa del batanero	Libre	IX 23, 4; 24, 1; 24, 2; 25, 1; 25, 5
Amante de la esposa del batanero	Libre	IX 24, 1; 24, 3; 25, 2; 25, 4
Bruja a la que acude la esposa del molinero	Libre	IX 29, 2
Hija del molinero	Libre	IX 31, 1
Hortelano que compra a Lucio-asno	Libre	IX 31, 3; 33, 3; 33, 4; 39, 1; 39, 3; 40, 2; 40, 5; 42, 4; X 1, 1
Propietario que llega a la casa del	Libre rico / Élite	IX 33, 1; 33, 4; 38, 8

hortelano		
Hijos del propietario**	Libres ricos	IX 35, 2; 36, 2; 37, 1; 37, 2; 37, 4; 38, 1; 38, 6
Dueño de una pequeña choza (amigo de los 3 hijos)	Libre	IX 35, 2
Legionario	Libre	IX 39, 2; 40, 3; 41, 1; X 1, 1; 1, 3; 13, 2
Comandante de la legión	Libre	IX 39, 5; 41, 3
Amigo del hortelano	Libre	IX 40, 4; 41, 5; 42, 1
Compañeros de legionario	Libres	IX 41, 1; 41, 3; 41, 6; 42, 1
Vecino desleal	Libre	IX 41, 3
Magistrados	Libres	IX 41, 3; 41, 4; 41, 6; 42, 4
Lictores y agentes de la autoridad	Libres	IX 41, 7
Decurión	Libre	X 1, 3
Dueño de una casa	Libre	X 2, 1; 2, 2; 4, 4; 5, 5; 6, 1; 12, 2; 12, 5
Hijo del dueño	Libre	X 2, 1; 2, 4; 3, 1; 4, 1; 4, 5; 5, 4; 7, 2
Madre del joven (muerta)	Era libre	X 2, 2
Madrastra	Libre	X 2, 3; 2, 4; 3, 1; 3, 5; 4, 4; 4, 5; 5, 2; 5, 3; 12, 4
Hermanastro	Libre	X 2, 2; 5, 1; 5, 4; 12, 2
Anciano sensato (ayo del hijo)	Libre	X 4, 3
Decuriones	Libres	X 6, 2; 6, 4; 8, 1
Magistrados	Libres	X 6, 4; 10, 3
Pregonero	Libre	X 7, 1
Acusador	Libre	X 7, 2
Oradores	Libres	X 7, 5
Anciano médico	Libre	X 8, 2; 9, 1; 10, 3; 11, 1; 12, 5
Cambista	Libre	X 9, 4
Agentes de la autoridad	Libres	X 10, 3
Comensales	Libres	X 16, 7
Liberto Tiaso	Liberto	X 17, 1; 19, 1; 19, 4; 20, 1; 23, 1; 35, 1
Matrona rica y distinguida	Libre	X 19, 3; 20, 1; 21, 1; 21, 3; 22, 2; 22, 5; 23, 2
Mujer condenada	Libre	X 23, 2; 23, 3; 24, 2; 24, 5; 25, 2; 26, 1; 26, 5; 27, 1; 28, 1; 28, 4; 29, 1; 34, 3
Esposo de la mujer	Libre	X 23, 3; 23, 6; 25, 1; 26, 4; 27, 1

Padre del esposo	Libre	X 23, 3
Madre del esposo	Libre	X 23, 3; 23, 5
Hermana del esposo	Libre	X 23, 4; 23, 6; 24, 4
Vecinos del esposo	Libres	X 23, 4
Amigo del esposo	Libre	X 23, 6
Médico pérfido	Libre	X 25, 2; 26, 3; 26, 4; 26, 6
Esposa del médico	Libre	X 26, 7; 27, 1; 28, 3
Hija de la mujer condenada	Libre	X 28, 1; 28, 3
Soldado	Libre	X 34, 3
Mitra, sumo sacerdote de Isis	Libre	XI 6, 1; 12, 1; 13, 1; 14, 3; 15, 1; 16, 6; 17, 1; 20, 1; 20, 4; 21, 2; 22, 3; 22, 5; 23, 4; 25, 7
Procesión de gente disfrazada	Libres	XI 8, 1; 8, 4
Mujeres con vestidos blancos	Libres	XI 9, 2
Mujeres con los espejos	Libres	XI 9, 2
Mujeres con peines y bálsamos	Libres	XI 9, 3
Músicos de la procesión	Libres	XI 9, 4
Coro	Libres	XI 9, 5
Flautistas consagrados a Serapis	Libres	XI 9, 6
Sacerdotes del culto a Isis**	Libres	XI 10, 2; 10, 6
Sacerdotes que transportan a los dioses	Libres	XI 11, 1; 11, 4; 17, 1
El “Escriba”	Probablemente esclavo o liberto	XI 17, 2
Pedagogo del hermanastro	Probablemente esclavo	X 5, 2
Fótide	Esclava	I 22, 2; 23, 7; 24, 2; 26, 1; II 6, 6; 7, 2; 9, 6; 11, 2; 16, 1; 18, 2; III 13; VII 1, 6; VII 14, 2; IX 15, 6; XI 20, 6
Esclavo de Lucio	Esclavo	I 24, 3; II 18, 5; 31, 4; III 27, 4; VII 2, 2
Esclavo de Birrena	Esclavo	III 12, 2
Populacho de Platea	Libres y esclavos	IV 14, 3
Mayoral de la yeguada	Esclavo	VII 15, 1; 16, 1; VIII 17, 5
Mujer del mayoral	Esclava	VII 15, 3
Esclavo encargado de ir a por leña	Esclavo	VII 17, 2; 26, 1
Uno de los campesinos	Esclavo	VII 22, 2
Otro campesino, va a castrar a Lucio-asno	Esclavo	VII 23, 1; 26, 4

Los pastores de Lucio-asno	Esclavos	VII 25, 4
Padres del esclavo	Esclavos	VII 26, 4; 27, 2
Joven sirviente de Cáríte	Esclavo	VIII 1, 1; 13, 3
Nodriza de Cáríte	Esclava	VIII 10, 5; 11, 3
Campesinos de Cáríte y Tlepólemo	Esclavos	VIII 15, 1; 16, 1; 16, 4; 21, 2; 23, 2
Anciano pastor	No se especifica, probable esclavo	VIII 19, 1
El más joven de la caravana	Esclavo	VIII 21, 1
Campesino de la caravana, va en busca del anterior	Esclavo	VIII 21, 2
Esclavo infiel	Esclavo	VIII 22, 2
Esposa del esclavo	Esclava	VIII 22, 2; 22, 3
Hijo de los esclavos	Esclavo	VIII 22, 4
Esclavo de los sacerdotes	Esclavo	VIII 26, 5
Hefestión, cocinero	Esclavo	VIII 31, 2; 31, 5; IX 1, 1; 2, 3
Esposa del cocinero	Esclava	VIII 31, 3
Otro sirviente del rico	Esclavo	IX 1, 3
Otro pequeño esclavo	Esclavo	IX 2, 1
Mirtilo el mulero	Esclavo	IX 2, 3
Hypnófilo ayuda de cámara	Esclavo	IX 2, 3
Apolonio el médico	Esclavo	IX 2, 3
Otros muchos de la servidumbre del rico	Esclavos	IX 2, 3
Esclavos, fugitivos, del molino	Esclavos	IX 12, 3
Myrmex, esclavo de Bárbaro	Esclavo	IX 17, 3; 17, 5; 18, 2; 19, 1; 19, 4; 20, 3; 20, 4; 21, 2; 21, 3; 21, 7
Viejo cojo encargado de las caballerías	Esclavo	IX 27, 1
Dos esclavos del molinero	Esclavos	IX 28, 2
Esclavos del molino	Esclavos	IX 30, 5; 31, 2
Esclavo del propietario	Esclavo	IX 33, 5
Otro esclavo del propietario	Esclavo	IX 34, 2
Esclavo que llega corriendo	Esclavo	IX 35, 1
Esclavos del poderoso vecino	Esclavos	IX 36, 1; 37, 7; 38, 7
Esclavo del decurión	Esclavo	X 1, 3
Esclavo de la madrastra	Esclavo	X 4, 5; 7, 7; 9, 1; 10, 1; 12, 4
Servidumbre de la casa	Esclavos	X 5, 2

Esclavo del médico	Esclavo	X 9, 4
Hermanos panadero y cocinero	Esclavos	X 13, 3; 13, 6; 14, 3; 15, 1; 15, 5; 17, 1
Servidumbre del señor **	Esclavos	X 15, 5; 16, 8; 35, 1
Eunucos de la matrona	Esclavos	X 20, 2
Esclavo de la mujer	Esclavo	X 24, 3; 25, 1
Sirvientes de cámara de la mujer condenada	Esclavos	X 28, 5
Servidumbre de Lucio	Esclavos	XI 18, 2
Cándido “esclavo de Lucio”	Esclavo	XI 20, 2
Sirvientes que Lucio deja en Hípata	Esclavos	XI 20, 6
Bandoleros, muchas menciones, formados por personas de distinta condición	Tanto libres como esclavos huidos	I 7, 6; 15, 2; II 14, 3; III 28, 1; VIII 13, 5; 17, 1; IX 8, 5
Banda de bandoleros	Libres y esclavos huidos	III 28, 1; IV 7, 1; 23, 1; VI 25, 2; 29, 8
Vieja, vive con los bandoleros	Libres y esclavos huidos	IV 7, 1; 22, 2; 24, 2; 27, 5; VI 25, 1; 27, 1
Grupo 2 de los bandoleros	Libres y esclavos huidos	IV 8, 1
Bandolero destacado	Libres y esclavos huidos	IV 8, 6
Lámaco	Libres y esclavos huidos	IV 8, 7; 10, 2; 11, 2; 12, 1
Bandolero del grupo 2	Libres y esclavos huidos	IV 9, 1; 14, 4
Alcimo	Libres y esclavos huidos	IV 12, 1; 12, 5
Eubulo	Libres y esclavos huidos	IV 14, 4
Trasileón	Libres y esclavos huidos	IV 15, 1; 16, 3; 18, 4; 20, 1; 21, 2; VIII 8, 6
3 bandoleros	Libres y esclavos huidos	VI 26, 1; 26, 2
Algún bandolero	Libres y esclavos huidos	VI 31, 2
Bandolero, el que se queda en Hípata	Libres y esclavos huidos	VII 1, 1; 4, 2
Hemo	Libres y esclavos huidos	VII 4, 5; 5, 4; 5, 6
Terón	Libres y esclavos huidos	VII 5, 6
Banda de Hemo	Libres y esclavos huidos	VII 5, 6; 7, 1; 7, 4
Muchedumbre de iniciados en el culto	Hombres y mujeres de toda edad y dignidad	XI 10, 1
Caballo de Lucio	Animal	I 24, 2; II 32, 3; III 26, 4; VII 2, 1; XI 20, 6; 20, 7
Portero del mesón	No se especifica	I 15, 1; 17, 1
Persona que pasaba por el foro,	No se especifica	II 21, 6
Campesinos, azuzan a los perros contra Lucio-asno	No se especifica	IV 3, 6
Caminante, se lleva a Lucio-asno	No se especifica	VII 25, 1

Campesino, del que se aprovechan los sacerdotes de Siria	No se especifica	VIII 29, 2
Labriego, invitado por los sacerdotes	No se especifica	VIII 29, 3
Resto de aldeanos, van a burlarse de los sacerdotes	No se especifica	VIII 29, 6
Persona que ve a Lucio-asno	No se especifica	IX 42, 2
Mensajero	No se especifica	X 5, 3
Verdugo	No se especifica	X 8, 2
Grupo de danzantes	No se especifica	X 29, 3
Actor de Paris	No se especifica	X 30, 2; 31, 4; 31, 5; 32, 4
Actor de Mercurio	No se especifica	X 30, 3
Actriz de Juno	No se especifica	X 30, 6; 31, 4; 34, 1
Actriz de Minerva	No se especifica	X 30, 7; 34, 1
Actriz de Venus	No se especifica	X 31, 1; 32, 1; 32, 3; 34, 1
Actores de Cástor y Pólux	No se especifica	X 31, 3
Actores de Terror y Miedo	No se especifica	X 31, 5
Flautista dorio	No se especifica	X 31, 5
Banda de niños (Cupidos)	No se especifica	X 32, 1
Jóvenes doncellas (Gracias y Horas)	No se especifica	X 32, 1
Coro	No se especifica	X 34, 2
Fiel de la comitiva	No se especifica	XI 14, 5
Pastóforos	No se especifica	XI 17, 2

Tab. 1. Relación de personajes de *El Asno de Oro* y pasajes en los que aparecen.

* Tanto en el caso de Lucio, como en el de Lucio-asno, sólo se han anotado las menciones directas que se hace de ellos por otros personajes. Puesto que la obra está narrada en primera persona de no hacerlo así habría que anotar todos los capítulos.

** En el caso de los 3 hijos del rico propietario, los sacerdotes de Siria y la servidumbre del señor se han anotado juntas las menciones que se hacen tanto en conjunto, como las que se hacen a cada uno de los mismos por separado (a excepción de casos muy específicos).